

2012-2013

M2 Recherche
Espagnol

EN BUSCA DE LA ESENCIA DE ESPAÑA

UN RECORRIDO POR LOS LIBROS DE VIAJES DE
MIGUEL DE UNAMUNO

Préau Philippe

**Sous la direction de Mme
Mogin-Martin**

Membres du jury :

Madame MOGIN-MARTIN
Madame DELGADO

Soutenu publiquement le : Jeudi 1 octobre 2013

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN:	4
1. Meditaciones geográficas	9
1.1. El cuerpo físico de la nación	9
1.1.1. <i>Defensa e ilustración de castilla</i>	9
1.1.2. <i>Por sierras y llanuras de España</i>	11
1.1.3. <i>Anatomía española</i>	13
1.2. Geografía humana	16
1.2.1. <i>Menosprecio de Corte y alabanza de aldea</i>	16
1.2.2. <i>Ciudades del alma</i>	18
1.2.3. <i>En busca del hombre primitivo</i>	20
2. En busca de la España inmortal	23
2.1. La épica nacional	23

2.1.1. <i>Reyes inmortales</i>	24
2.1.2. <i>La eterna reconquista</i>	26
2.1.3. <i>Una epopeya de la humildad</i>	28
2.2. El alma artística de España	30
2.2.1. <i>Arte románico versus arte gótico</i>	30
2.2.2. <i>Formas primitivas de arte</i>	31
2.2.3. <i>La esencia de España en su literatura</i>	33
3. La esencia espiritual de España	38
3.1. El paisaje es una metáfora	38
3.1.1. <i>Montaña, desierto y mar</i>	38
3.1.2. <i>La sacralización del espacio nacional</i>	41
3.2. El lenguaje de la esencia	45
3.2.1. <i>La expresión de la trascendencia</i>	45
3.2.2. <i>Juego de palabras y palabras en juego</i>	46
4. En busca de la esencia de Unamuno	48

4.1.	El viaje interior.....	48
4.1.1.	<i>Camino de perfección.....</i>	49
4.1.2.	<i>La tentación anacoreta.....</i>	50
4.1.2.	<i>El paraíso perdido de la infancia.....</i>	52
4.2.	Juegos dialécticos.....	54
4.2.1.	<i>El diálogo con la naturaleza.....</i>	54
4.2.2.	<i>Ruinas del alma.....</i>	56
CONCLUSIÓN :.....		58
BIBLIOGRAFÍA:.....		62

Introducción:

A la hora de adentrarnos en la extensa producción literaria que Miguel de Unamuno dedicó a la evocación de sus excursiones por ciudades y campos de España, nos enfrentamos con una primera dificultad relacionada con la delimitación del campo mismo de nuestro estudio.

En su nota a la primera edición de « *Paisajes del alma* » Manuel García Blanco, primer editor de las obras completas del escritor salmantino publicadas ya en 1944 y ampliadas en 1966, explica que nos encontramos frente a « *un nuevo libro de paisajes españoles, vistos y sentidos por don Miguel de Unamuno.* ».

Añade luego que según su cuenta se trataría del : « *quinto volumen de esta modalidad tan suya. El primero de ellos aparece en Salamanca en 1902, bajo el título de « Paisajes », y en el se contienen cinco espléndidos relatos. Forman el segundo las descripciones y artículos de costumbres agrupados en el que se titula « De mi país », Madrid, 1903. Integran el tercero los veintiséis artículos de « Por tierras de Portugal y España », Madrid, 1911. Y es el cuarto el titulado « Andanzas y visiones españolas », Madrid, 1922* ¹.

En realidad el quinto volumen al que alude el editor es fruto de su propio trabajo recopilativo y abarca artículos publicados entre 1892 y 1933, la mayoría de ellos posteriores a 1922, lo que no le resta interés al esfuerzo investigador realizado por el profesor García Blanco, que deja por otra parte la puerta abierta a nuevas aportaciones editoriales.

La edición más reciente de las obras completas de Miguel de Unamuno, que acaba de llevar a cabo Ricardo Senabre para la Biblioteca Castro, conserva la misma estructuración, ya que según palabras del mismo Senabre : « *Las razones aducidas por el editor para formar una unidad con los artículos dispersos, así como el hecho de que el título « Paisajes del alma » figura ya con normalidad como un libro más de Unamuno, nos han movido a respetar esta reconstrucción y a reproducir « Paisajes del alma » de acuerdo con la edición citada de 1966, ordenada y preparada por Manuel García Blanco.* ² ».

Nos atenderemos por consiguiente a este mismo corpus de cinco « libros » o mejor dicho de recopilaciones de artículos, agrupados por el propio autor en lo que se refiere a los cuatro primeros títulos y por García Blanco en cuanto al último, como acabamos de verlo.

La segunda dificultad tiene que ver con la organización y el contenido mismo de los artículos, ya que si nos referimos a las palabras de Luciano González Egido en su introducción a « *Andanzas y visiones españolas* » : « *Estos artículos (...) nacidos sin voluntad expresa de formar una obra, constituyen como el diario de sus*

¹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág.7.

² En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. XVI.

excusiones y viajes por la plural España ; son como notas autobiográficas, por las que conocemos el itinerario de sus vacaciones, sus preferencias paisajísticas y podemos comprobar la situación de sus ideas y de sus humores en cada uno de los momentos germinales de estos textos. Son apuntes más bien, sin excesiva preocupación formal o al menos sin la tensión formal de sus ensayos, de sus novelas, de sus obras de teatro o de sus poesías ; estos textos, muchas veces, están escritos a vuelapluma, por la proximidad temporal de las experiencias transmitidas, lo que nos permite seguir el nacimiento orgánico de sus ideas, desarrolladas ovíparamente, como él solía decir, por la lógica vital de sus connotaciones y resonancias personales.³ »

A esta falta de unidad o de ideario claramente establecido hemos de añadir el carácter un tanto híbrido de los artículos, en los que coexisten descripciones de lugares con estampas costumbristas ; reflexiones históricas, antropológicas o filosóficas con críticas literarias. Fue por lo tanto necesario seleccionar en cada libro los textos con rasgos más propios del libro de viajes, aunque no pocas veces esos rasgos se encontraran íntimamente mezclados con otras modalidades genéricas.

Como lo hemos también ido comprobando, son numerosas las publicaciones dedicadas a la obra viajera del autor. Por eso hemos decidido aplicar a los textos de Unamuno un modelo de interpretación lo bastante abierto para dar cuenta de la riqueza temática que caracteriza la producción del autor, sin por ello, así lo esperamos, caer en la trampa de la repetición estéril de lo dicho antes, y mucho mejor, por estudiosos de la obra unamuniana. De ahí nuestra preocupación por encontrar una clave de lectura susceptible de dar a entender la concepción de España que el autor ideó a raíz de sus viajes por la península. De hecho hemos notado en gran parte de los textos que aquí nos interesan el constante deseo del autor de librarse de los lugares comunes para entrar en contacto con la realidad profunda del país o, dicho con otras palabras para darnos a ver la parte invisible de esta misma realidad. Partiendo de la observación de los aspectos más visibles y característicos de la geografía peninsular, Unamuno nos propone ir más allá de las apariencias para aislar las estructuras esenciales del alma de la nación española, reflejo del espíritu del mismo autor.

Así y como lo reza el propio título, nuestro estudio tratará de analizar de qué manera los viajes y las excusiones que Unamuno acostumbraba realizar en compañía de sus amigos, en sus ratos libres, fueron el activador de sus reflexiones y meditaciones sobre la esencia de España.

En este aspecto el escritor salmantino se acerca a otros intelectuales de su tiempo que, como Azorín o más tarde, Ortega y Gasset, se lanzaron también por caminos de la península en busca del « ser » profundo de España.

³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág.11.

Unamuno sigue por otra parte los pasos de escritores e intelectuales del siglo anterior que, a la par que Pedro de Alarcón, Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán o Francisco Giner de los Ríos,⁴ recorrieron la España decimonónica, deseosos de dar a conocer la realidad española de su época.

Revelador es en este sentido lo que escribe Alberto Navarro González en su edición de los « *Viajes por España* » de Pedro de Alarcón: « *Significativo es el hecho de que, en la casa de Unamuno, se conserve un ejemplar de « La Alpujarra », en el que el famoso Rector de Salamanca subrayó numerosos pasajes descriptivos y otros que reflejan metafísicas inquietudes análogas a las que torturaban al espíritu del autor de : « El sentimiento trágico de la vida.*

⁵ »

Ahora bien, nadie como Unamuno recorrió tantas ciudades, llanuras y montañas de España, lo que le permite afirmar no sin cierto orgullo : « ... *he recorrido casi toda España, he visitado treinta de las cuarenta y nueve capitales de sus provincias y muchas otras ciudades y villas, algunas - como Mérida, Alcalá de Henares, Balaguer y Cartagena - de provincias cuyas capitales no conozco...*

⁶ ».

Además, si nos referimos a las palabras de Colette y Jean-Claude Rabaté en su reciente biografía de Unamuno: « *El rector suele repetir que España está por conocer para los españoles y uno de los mejores medios para conocerla es hacer correrías con amigos, como suele hacer en cada temporada de vacaciones. Es partidario de favorecer las sociedades de excursionistas, los clubs alpinos y toda asociación análoga y comenta en un artículo titulado “Excursión” su necesidad vital de viajar y descubrir los paisajes de la Península: « ... No, no ha sido en libros, no ha sido en literatos, donde he aprendido a querer a mi patria: ha sido recorriéndola, ha sido visitando devotamente sus rincones.*

⁷ ».

En buen pedágogo Unamuno incita a sus compatriotas a que vayan a descubrir su propio país y lamenta por otra parte el desinterés de los españoles por la península: « *La España pintoresca y legendaria sería mucho mejor conocida de lo que es - por los españoles, se entiende - si tuviéramos mejores caminos y vías de comunicación, o si fuéramos más entusiastas y menos comodones.*

⁸ ».

De modo que viajar por España se transforma en un verdadero deber patriótico: « *España, se ha dicho muchas veces, está por conocer para los españoles. Y lo que con España pasa, supongo pasará en otros pueblos. Hay aquí, en Bilbao, por ejemplo, aunque cada vez menos; hay en Barcelona no pocos que sin conocer el resto de*

⁴ Véase sobre este último punto el trabajo que le dedicó Ramón F. Llorens García a « Los libros de viajes de Miguel de Unamuno » y en particular la parte en que la que trata de la influencia de la Institución Libre de Enseñanza sobre el escritor salmantino. www.biblioteca.org.ar/libros/89168.pdf

⁵ En Pedro A. De Alarcón, *Viajes por España*, Ed Comares, 1989, pág. 104.

⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág.196.

⁷ En Colette y Jean-Claude Rabaté, Miguel de Unamuno, Biografía, Taurus, 2009, pág. 293.

⁸ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág.130.

*España, sin haber viajado por ella, sin haber visitado rincones llenos de historia, de leyenda, de poesía y de paz de Castilla, de Aragón, Extremadura o Andalucía, se han ido a viajar por Francia, Italia o Alemania.*⁹».

Y es que no hay nada más lejos del autor que el turista de principios del siglo XX, sólo preocupado por la calidad del alojamiento o por la cena que se le va a servir al terminar una excursión que emprendió únicamente por requisitos de la moda : « *Pero ¿para qué viajan la mayoría de los que viajan? ¿Hay algo más azarante, más molesto, más prosáico que el turista? El enemigo de quien viaja por pasión, por alegría o por tristeza, para recordar o para olvidar, es el que viaja por vanidad o por moda, es ese horrible e insopportable turista que se fija en el empedrado de las calles, en las mayores o menores comodidades del hotel y en la comida de éste.*¹⁰ »

Por el contrario, para Unamuno el viaje obedecía a la imperiosa necesidad de sacudir « *el polvo* » de su biblioteca cada vez que se concluían sus tareas rectorales.

Sugestivo es, a este propósito, lo que escribe Unamuno en las primeras líneas del artículo titulado “Hacia el Escorial”: « *Vacaciones de Semana Santa, siete días de asueto; a correr y a ver tierras, a orear los pulmones, la vista y el ánimo, a seguir conociendo España, abrazando su cuerpo*¹¹».

Para el autor, viajar implica tener un contacto concreto con la naturaleza, lo que se expresa a menudo en clave de restauración física, como lo comprobamos en las líneas siguientes: « *con la transpiración y la respiración parece como que uno se funde con el ambiente y se siente hijo de la libre Naturaleza* ». O también : « *Se desnuda uno el cuerpo, y el sol lo seca y reconforta y le seca a la vez la ropa. Y se siente más hombre de la tierra respirando a pecho descubierto el aire de la cumbre*¹²».

Esta purificación del cuerpo tan anhelada por el escritor salmantino va a menudo acompañada por un proceso de regeneración espiritual como lo explica en “De vuelta de la cumbre”: « *El cuerpo se limpia y restaura con el aire sutil de aquellas alturas y aumenta el número de glóbulos rojos, según nos dijo un catódratico de Medicina, pero el alma también se limpia y restaura con el silencio de las cumbres*¹³».

Como lo estamos viendo las excursiones del escritor por la geografía peninsular se tiñen a menudo de ascetismo y se asemejan a una verdadera *vía purgativa* donde la soledad y el silencio favorecen la comunión íntima del autor con el alma del país. Este encuentro con la esencia de España se realiza desde una doble perspectiva, exterior e interior, que le permite elaborar un mapa personal y pluridimensional de la península,

⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, págs. 163-164.

¹⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág.78.

¹¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pag. 84.

¹² En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, págs.167-168.

¹³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág.60.

cuyas diferentes modalidades aparecen con más o menos regularidad en las obras en las que se centra nuestro estudio.

Por supuesto el elemento geográfico, tanto en su dimensión física como humana, estructura la primera lectura que Unamuno nos propone de la esencia de España y constituye, como lo veremos al principio de nuestro estudio, el primer estrato de su reelaboración de la realidad española.

Más allá del cuerpo físico del país, Unamuno dedica una atención particular a la historia de España, convirtiendo no pocas veces sus andanzas geográficas en exploraciones del pasado, que le conducen a confrontarse con el alma inmortal de la nación.

Claro está, Unamuno, profundamente marcado por la mística de su país, añade una dimensión espiritual a su representación del espacio nacional. Esta nueva modalidad se expresa en clave de interpretación metafórica de la realidad y será el objeto de la tercera etapa de nuestro trabajo.

Por último, en la cuarta parte del estudio veremos que los viajes del escritor salmantino trazan las coordenadas de un espacio de creación literaria en el que se proyecta y escenifica el propio Unamuno. Así la confrontación con la realidad profunda del país favorece el viaje interior de un autor en busca de su propia esencia.

1. Meditaciones geográficas.

La esencia geográfica de España presenta, en los artículos de viajes de Unamuno, una doble dimensión, física y humana. Respecto a la primera modalidad y como acostumbra hacerlo, el autor se entrega a un trabajo de investigación que le conduce a ir más allá del relieve visible para hacer brotar las estructuras elementales del cuerpo físico de la nación.

Del mismo modo sus reflexiones acerca de la dimensión humana del país manifiestan el interés del autor por identificar al hombre español primitivo. Esta búsqueda le conduce a aislar las células esenciales de la sociedad española a partir del tejido rural e intrahistórico de la nación.

1.1. El cuerpo físico de la nación

En « Excursión » Miguel de Unamuno escribe que : « *Para conocer una patria, un pueblo, no basta conocer su alma - lo que llamamos su alma - , lo que dicen y hacen sus hombres; es menester también conocer su cuerpo, su suelo, su tierra..* ¹⁴ ». Este conocimiento al que alude el autor pasa primero por la identificación de España con Castilla. Por otro lado la evocación del cuerpo de la nación aparece cada vez más depurada y se expresa mediante la comparación contrastada, que refleja a su vez una topografía en la que dominan los elementos horizontales y verticales. Sin embargo el autor no se satisface con describir la piel arrugada de la península, lo que ambiciona, en realidad, es sacar a la luz el esqueleto oculto del país.

1.1.1. Defensa e ilustración de Castilla

Los viajes de Unamuno por la geografía española conducen el autor a interpretar la realidad física de la península. Esta reelaboración pasa primero por la elección de Castilla como el espacio geográfico privilegiado de su meditación sobre la esencia de España. La preferencia del autor por los paisajes de la meseta castellana ya aparece en un texto publicado en 1889, o sea dos años antes de su instalación en Salamanca.

En el artículo titulado: « En Alcalá de Henares », Unamuno expresa su admiración por el paisaje castellano mediante comparaciones valorativas entre el País vasco y Castilla: « *No se ve a Alcalá, como a nuestros*

¹⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, págs.165-166.

pueblos, recogidita en el regazo de montes verdes, bajo un cielo pardo, sino tendida al sol en el campo infinito, dibujando en el azul las siluetas de las torres de sus conventos ... ¡Ancha es Castilla! ¡Y qué hermosa la tristeza enorme de sus soledades, la tristeza llena de sol, de aire y de cielo! ¹⁵ »

Sin negar los valores estéticos del País Vasco y la dimensión sentimental de las tierras donde nació, Unamuno se vale de la metáfora musical para afirmar su preferencia por la belleza austera de los campos de Castilla : « *Para mí no hay paisaje feo. Al llegar acá en Castilla, cuyos campos representan no poca semejanza con lo que nos dicen ser la pampa, me hablaban todos de la tristeza y fealdad - confunden lo triste con lo feo - de esta campiña sin árboles ni arroyos, y me ponderaban la belleza del paisaje de mi tierra vasca. Y les sorprendería el oírme decir que prefiero este paisaje amplio, severo, grave, esta única nota, pero nota solemne y llena, como la de un órgano, a aquella sonata de flauta de tres o cuatro notas verdes, de un verde agrio.* ¹⁶ ». Lo mismo ocurre cuando el interlocutor de nuestro autor, un habitante de Alcalá, antepone la inspiración profunda de Wagner a la brillantez artificial de los compositores italianos para ponderar la expresividad dramática del paisaje castellano frente a los encantos superficiales del País Vasco : « *Es esto, comparando con aquello, me decía usted, como la música de Wagner es a la italiana ; ésa se pega pronto, pero también empacha pronto y se despega pronto.* ¹⁷ ».

Por lo tanto, la defensa de Castilla pasa por la valoración de un paisaje que no seduce mediante artificios al que lo mira sino que lo afecta profunda y duraderamente: « *Es como cuando se habla del campo de Castilla, de los solemnes páramos de la Mancha y se dice que son áridos y tristes, queriendo decir con eso que son feos. Y debo confesar que a mí me produce una más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo sobre todo a la hora de la puesta del sol, cuando lo enciende el ocaso, que uno de esos vallecitos verdes que parecen de Nacimiento de cartón. Pero en el paisaje ocurre lo que en la arquitectura: el desnudo es lo último de que se llega a gozar.* ¹⁸ ».

Así y sin negar el interés de Unamuno por otras provincias españolas, el autor identifica la meseta central con la España profunda, haciendo de Castilla el punto de gravedad de su reelaboración del mapa físico de la patria. De modo que Castilla llega a ser una España quintaesenciada, cuya estética secreta se expresa mediante una plasmación literaria que celebra la pureza geométrica de la cumbre y del llano.

¹⁵ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 91.

¹⁶ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág 252.

¹⁷ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 94.

¹⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 95.

1.1.2. Por sierras y llanuras de España

Una vez identificado el paisaje de Castilla como paisaje nacional por antonomasia, Unamuno apoya su descripción de la realidad física de la península en la valoración de dos tipos de relieves arquetípicos : la montaña y la llanura, que dibujan las ordenadas y abscisas del mapa físico de la nación. Ciento es que, por un lado la cumbre le proporciona al autor las condiciones de soledad y de silencio necesarias a la meditación sobre la esencia de España, mientras que, por otro lado, la inmensidad de la llanura castellana activa su reflexión sobre la eternidad.

La cumbre le permite primero al autor tomar la distancia suficiente para elaborar una geografía *in situ*, basada en la observación directa de la realidad física de España. Así, en la Peña de Francia, Unamuno y sus dos compañeros de excursión se encuentran : « *tendidos en la cumbre, bajo el sol, que en tales alturas acaricia sin herir, a contemplar los pueblecillos, a hacer geografía.*¹⁹ ». Y es que desde arriba el paisaje toma el aspecto de un mapa a escala real: « *Y luego horas y más horas en ver tenderse a nuestros pies, como un mapa que sobre una mesa se despliega, el llano.*²⁰ ». Así la altura amplifica la capacidad de observación del autor cuya vista parece de este modo abarcar la totalidad del espacio nacional.

Ya hemos señalado en la introducción que para Unamuno subirse a la cima de una montaña obedece primero a una necesidad de higiene físico y mental, como lo podemos comprobar en las dos siguientes citas: « *A la cumbre, donde no llegan las nieblas, tampoco llega el añublado del espíritu.*²¹ », « *Y otra gran lección nos da la cumbre, y es enseñarnos a pasarnos sin comodidades. Nada denuncia tanto la ordinariez del espíritu, la ramplonería y plebeyez de alma como el apego a la comodidad.*²² ».

Conforme se asciende a la cumbre, se eleva también el pensamiento hasta alturas trascendentales y así : « *Se lleva a las alturas el corazón y la cabeza hechos en los valles y llanos, y allí arriba, en la cumbre, hablamos de nuestras preocupaciones, de literatura, de filosofía, de poesía, de religión, del inmortal anhelo de inmortalidad sobre todo...*²³ ».

La ascensión se transforma en un verdadero camino de perfección que conduce el autor a despojarse de todo lo que podría impedir la comuniación con la patria: « *Y luego en estas ascensiones a las cumbres, en estas escapadas por los campos, se desnuda uno del decorum, de ese horrendo y estúpido decorum, y se pone uno el*

¹⁹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 70.

²⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 166.

²¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 169.

²² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 64.

²³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 73.

*alma en mangas de camisa.*²⁴ ». Es en efecto en el silencio de la cumbre donde Unamuno puede entrar en contacto íntimo con la tierra de España: « *¡Vivir unos días en el silencio y del silencio, nosotros los que de ordinario vivimos en el barullo y del barullo! Parecía que oíamos todo lo que la tierra calla, mientras nosotros, sus hijos, damos voces para aturdirnos con ellas y no oír la voz del silencio divino.*²⁵ ».

La cima se transforma por lo tanto en el escenario privilegiado de la comunicación espiritual con la patria: « ... *del seno de este reposo siento que me invaden el alma aluviones de energía y un tumulto de pensamientos informes, de larvas de ideas que, formando nebulosa, buscan liberación. El silencio está preñado de rumores. Y de las visiones de estos pueblecillos tendidos a mis pies parece subir la llamada de la patria.*²⁶ ».

La llanura es para el autor el segundo elemento fundamental de la España física y de hecho, ambos tipos de relieve constituyen la cara y la cruz de una misma realidad : «... *las llanuras me encantan tanto como las montañas, y que si éstas me tientan a treparlas para descubrir desde su cumbre más amplios horizontes, gozo de éstos sosegadamente desde el llano.*²⁷ ».

Cabe primero notar que, desde el punto de vista estético, la llanura castellana ocupa un lugar privilegiado en la interpretación unamuniana de la geografía española. Así en el texto titulado : « *¡Montaña, desierto, mar !* », Unamuno defiende el valor estético de la meseta poniendo de realce su belleza abstracta y austera. La admiración del autor por la llanura castellana se expresa mediante la comparación con el desierto : « *Y desde aquel alto mismo de la carretera de Zamora, al otro lado, la visión, eterna también, de la calva llanura de la Armuña. Que Armuña - lo mismo que Almunia - signifique en arábigo huerta, hay épocas del año en que más parece un páramo, una estepa. En Madrid en Valladolid, a corto paseo se logra ver el páramo.*²⁸ ».

Al evocar los alrededores de Palencia escribe también que: « *Es como un oasis el contorno de esta ciudad de Palencia, un oasis en medio del trágico desierto de la Tierra de Campos, de los Campos Góticos... Allá, en aquella línea derecha que corona esos calizos escarpes, empieza el páramo, el terrible páramo...*²⁹ ».

La contemplación del llano es una inagotable fuente de inspiración para el autor que se inscribe, además, dentro de una larga genealogía de escritores y poetas místicos: « *Al borde del desierto han brotado los más*

²⁴ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 62.

²⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 67.

²⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 170.

²⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 217.

²⁸ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 86.

²⁹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 279.

*jugosos, los más fuertes cantos de la eternidad del alma. Ni hay agua como el agua profunda, soterraña, del desierto.*³⁰»..

Y es que sólo la inmensidad de la estepa castellana es capaz de ampliar el espíritu del que la mira. Es el desierto de los místicos, cuyos horizontes lejanos, le recuerdan al autor que : « *¡Sólo Dios es Dios! Y los horizontes dilatados del espíritu de Don Quijote, horizontes cálidos, yermos, sin verdura.*³¹ »

La relación entre llanura y elevación mística aparece aún más claramente en las líneas siguientes, también sacadas del mismo texto : « *En Castilla el espíritu se desase del suelo y se levanta, se siente un más allá y el alma sube a otras alturas a contemplar sobre estos horizontes inacabables y secos una bóveda azul y transparente, inmóvil y serena.*³² ».

Como lo adivinamos a través de estas líneas la observación de la llanura castellana le permite al autor echar las bases de una geografía espiritual cuyas figuras más relevantes son por un lado don Quijote y por otro Teresa de Ávila, como lo volveremos a ver más tarde.

1.1.3. *Anatomía española*

Lo que caracteriza también la interpretación unamuniana de la geografía de España es la voluntad del autor de penetrar en la intimidad física del país y de revelar así las estructuras profundas y esenciales del espacio nacional. Conocida es la comparación que el autor establece entre la sierra de Gredos y « el espinazo de España » y es que Unamuno trata de hacer aflorar : « *...la roca primitiva enterrada bajo tierras de acarreo y desgaste...*³³ » para confrontarse con la verdad desnuda del esqueleto rocoso de la tierra.

Para el autor la roca es el componente esencial de la patria física, la materia fundamental de un esqueleto que se propone analizar hasta el tuétano. Muy sugestivo es a este propósito lo que el autor escribe en el texto titulado : « *El ciliebro de la tierra* » y dedicado a la evocación de los Picos de Europa. En dicho artículo, Unamuno formula una serie de hipótesis acerca de la etimología de la palabra “ciliebro” : « *¿Por qué ese nombre, ciliebro, atrajo nuestra atención? Porque se nos figuró que puede muy bien ser una modificación, conforme a las leyes de la fonética latino castellana. Y en cuanto al proceso conceptual metafórico, sentíamos a estos hombres - o a sus remotos abuelos, que eran estos mismos cuando tuvieron que crearse su lengua -*

³⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 279.

³¹ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 92.

³² En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 94.

³³ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 207.

viendo asomar esas rocas por entre la carnosa tierra vegetal, como asomar los sesos de una res cuando se descalabra... Esas rocas son el cerebro, los sesos rocosos de la tierra, su corazón de peña además.³⁴ ».

Unamuno privilegia en efecto la lectura anatómica de una tierra, que, en el caso de la isla canaria de Fuerteventura, tiene la apariencia de un cuerpo disecado : « *Estas soledades desnudas, esqueléticas, de esta descarnada isla de Fuerteventura! ¡Este esqueleto de tierra, entrañas rocosas que sugieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed!*³⁵ ».

La descripción que el autor nos hace de la isla se vuelve cada vez más depurada y tiende a la abstracción como en el caso siguiente : « *Tierra desnuda, esquelética, enjuta, toda ella huesos...*³⁶ ».

El autor trata por otro lado de descubrir qué fuerzas primitivas entran en el juego de la creación. De ahí esta descripción de la formación de las islas Canarias: « *La ciencia geológica nos explica cómo se alzaron, entre violentísimas contorsiones y titánicas tempestades, estas islas del fondo del océano, llevando consigo fósiles marinos; cómo siguió luego una época de descanso – y bien lo había menester la pobre tierra – en que el agua, el agua lenta y terca, el agua persistente, el agua que no descansa, hacía su obra, completando la del fuego. Porque si fue el fuego quien trazó las líneas generales de la tierra, quien desbastó su fábrica general fue el agua...*³⁷ ». El nacimiento del archipiélago canario se expresa bajo la forma de una lucha épica entre las fuerzas primitivas de la materia : el fuego y el agua. Este combate cobra acentos míticos en las líneas siguientes donde el autor describe el génesis de la isla de Tenerife : « *Del mar surgió en un tiempo esta isla, como las otras islas Canarias, en poderosa conmoción, en titánica lucha entre Vulcano, dios de las ígneas entrañas de la tierra, y Neptuno, dios de los inmensos mares. Porque estas islas, por tanto tiempo envueltas en la bruma de la leyenda; estos campos Elíseos, estas islas afortunadas, éstas que algún soñador supuso un resto de aquella antigua Atlántida, de que Platón nos cuenta el mito, y donde reinaban en felicidad y paz los hijos de Neptuno, estas islas fueron un alzamiento volcánico de las entrañas de la tierra, fue como si éstas levantaran su caldeado pecho a que se refrescase en el mar, a ver el cielo.*³⁸ ».

El aspecto austero y elemental del relieve canario se refleja también en unas formas de vida sumamente primitivas como la taibada o la aulaga majorera, dos plantas endémicas de la isla : « *¿De dónde saca la taibada su acre leche? De donde saca su leche la camella que se apacienta en pedregales, que parece alimentarse lamiendo pedruscos, que rumia ese esqueleto de planta que es la aulaga, toda ella espinas. La*

³⁴ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, págs. 42-43.

³⁵ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 63.

³⁶ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 67.

³⁷ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 219.

³⁸ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 229.

leche acre y caústica de la taibada es jugo de los huesos calcinados de la tierra volcánica que surgió del fondo de la mar; la leche acre y caústica de la taibada es tuétano de los huesos de esta tierra sedienta.³⁹ ».

La aulaga, en su sencillez de forma, en su perfecta adaptación al entorno encarna la realidad profunda de la isla, frente a los artificios de una naturaleza domesticada: « *¡Qué lección de estilo, y de lo más íntimo del estilo, esta aulaga de Fuerteventura! Es la expresión más perfecta de la isla misma; es la isla expresándose, diciéndose; es la palabra suprema de la isla. En la aulaga ha expresado sus entrañas volcánicas, el poso de su corazón de fuego, esta isla entrañable. ... La aulaga sí que tiene estilo; la aulaga, y no esas plantas de jardín, criadas a fuerza de abonos, esas pobres plantas enriquecidas por la civilización, esas presuntuosas plantas civilizadas.⁴⁰ » .*

Todo en la isla de Fuerteventura remite a los orígenes de la materia, en un juego de correspondencias metafóricas que valora el carácter primitivo de la naturaleza canaria. Así, del gofio, principal base de alimentación del pueblo de las islas Canarias, Unamuno afirma que es : « *la osatura del pan. ¡Esqueleto de pan! Símbolo también de esta tierra fuerteventurosa, esquelética, con las corcovas de sus montañas. El gofio, el esqueleto de pan, es hermano de la aulaga, de esa mata esquelética de que se alimenta el camello.⁴¹ ».*

Para concluir este primer punto dedicado a la lectura descriptiva de la realidad física de la península podemos decir que en los libros de viajes y paisajes de Unamuno todo tiende hacia la evocación de una esencia cada vez más estilizada de la patria.

Partiendo al principio de la descripción de una España plural y variada, Unamuno acaba por identificar la patria con la meseta castellana cuyas montañas y llanuras forman los elementos constitutivos de un relieve pasado por un filtro conceptual y metafórico muy representativo del pensamiento del autor.

Su búsqueda de la esencia de España lo lleva a evocar las estructuras elementales de la tierra y sus formas de vida más primitivas para finalmente penetrar en el corazón de la realidad física de España.

³⁹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, págs. 64-65.

⁴⁰ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, págs. 68-69.

⁴¹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 76.

1.2. Geografía humana

Esta misma búsqueda de la verdad profunda de España caracteriza la lectura humana que el autor nos propone de la sociedad. En efecto su rechazo de los artificios de las grandes ciudades parte del mismo deseo de ir al encuentro de una realidad humana más auténtica y que el autor piensa encontrar primero en los habitantes de « las pequeñas viejas ciudades », según palabras del propio autor. Sin embargo es en el campo donde Unamuno consigue descubrir el arquetipo del hombre español, el hombre primitivo, conforme a los conceptos de paisanaje y de intrahistoria.

1.2.1. *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*

La evocación de las ciudades y villas de España es primero el escenario privilegiado de las preocupaciones de Unamuno por el porvenir del país: « ... *cada uno de estos viajes que hago por nuestras capitales de provincia me llena de cierto pesar no exento de hondas inquietudes.*⁴² ».

En gran parte de los artículos que el autor dedica a la vida provinciana, deja estallar su pesimismo frente a los vicios de los habitantes de las ciudades y así se pregunta a propósito de Trujillo si: « *¿Sabrán sus hijos sacudirse el paludismo espiritual, cien veces más dañino que el del cuerpo, esa ciega y loca y embrutecedora pasión del juego, y elevarse a otro nivel de vida?*⁴³ ». Del mismo modo, al evocar a los habitantes de la Vera nos explica que: « ... *hay en los pueblos aquellos zánganos cuya principal ocupación es ojear las mozas que van para mujeres y espiar la iniciación de la pubertad.*⁴⁴ ». Y por fin denunciando los estragos morales del juego nos dice que : «... *el juego estropea la inteligencia aún más que el alcohol. Prefiero tratar y conversar con un alcohólico a tratar y conversar con un jugador. Y este del juego es el terrible castigo de las capitales de provincia donde la vida espiritual dormita...*⁴⁵ ». Sin embargo y a pesar de estas advertencias preliminares, Unamuno se inscribe claramente en la tradición clásica del: “ Menosprecio de corte y alabanza de aldea”, expresando primero su aversión hacia las grandes urbes para luego confesar su afición a la vida provinciana. Y es que para un individualista empedernido como Unamuno, la gran ciudad simboliza la victoria de las masas sobre el individuo: « ... *las grandes ciudades nos desindividualizan, o, mejor dicho, nos despersonalizan...*

⁴² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 139.

⁴³ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 248.

⁴⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 140.

⁴⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 146.

Las grandes ciudades nivelan, levantan al bajo y rebajan al alto, realzan las medianías y deprimen las sumidades. Efectos de la masa, que son poderosos tanto en química como en la vida social.⁴⁶ ». Para Unamuno la vida en las grandes ciudades desnaturaliza al hombre e impide el desarrollo de una personalidad auténtica. El individuo no puede afirmar su verdad profunda en una ciudad donde reina el culto a la apariencia: « *Es la ciudad odiabile y odiosa del trajín social, de los cafés, de los casinos y los clubs, de los teatros, de los parlamentos.⁴⁷* ». Así, para el escritor salmantino, no hay nada más pernicioso que la llamada vida de sociedad : « *Un hombre de sociedad, un hombre que resulta agradable a las damas en visita y en salón, es un hombre cuyo principal es ahogar chocantes espontaneidades y no dejar transparentar su propia personalidad.⁴⁸* ». De ahí también su recelo ante la democracia que favorece el espíritu colectivo frente a la expresión individual. Para Unamuno : « *Las grandes ciudades son fundamentalmente democráticas. ... La cultura se funde y esparce en las grandes ciudades, pero se ramploniza. Las gentes dejan la lectura sosegada del libro por asistir al teatro, esta escuela de vulgaridad. Sienten la necesidad de estar juntos; les azuza el instinto rebañego; tienen que verse unos a otros.⁴⁹* ». Las grandes ciudades, según el autor, deshumanizan al hombre desarrollando un instinto gregario que ahoga la voz y el sentimiento personales.

Por otro lado la ciudad priva al hombre de su libertad fundamental en cuanto a individuo : « *Y una gran ciudad, una ciudad millonaria, es mucho más jaula que una pequeña ciudad; cada uno de sus para nosotros desconocidos habitantes hace de alambre, de reja. Y entre todos nos aprisionan.⁵⁰* ». Revelador es, a este propósito, lo que años más tarde el autor escribe en París, donde vuelve a utilizar la imagen de la jaula para evocar su pensión y afirmar que la ciudad pervierte y corrompe tanto al hombre como a las cosas que las habitan : « *Aquí, junto a la casa en que tengo mi albergue del destierro, junto a esta jaula de pensión parisienne, tengo un pequeño parque... En París no soló el hombre se siente preso sino también la naturaleza: hay, por ejemplo, avenidas con árboles y las hay sin ellos. Árboles que empiezan a dejar caer sus hojas, que ruedan sobre el empedrado, sobre estériles piedras sin césped ni yerba; sus pobres hojas secas, que son recogidas no por el viento libre, sino por empleados municipales, y que se pudrirán. ¡Pobres hojas secas de ciudad! ¡Pobres árboles prisioneros, con grillos de piedra en los pies!⁵¹* ».

⁴⁶ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág 194.

⁴⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 76.

⁴⁸ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág 196.

⁴⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág 195.

⁵⁰ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág 198.

⁵¹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 89.

Por el contrario Unamuno siente: «*una gran afición a la vida provinciana porque en ella es más fácil descubrir por debajo de una aparente calma la tragedia. Y tanto como aborrezco la comedia amo la tragedia.*⁵²». Según el autor la vida en una ciudad pequeña permite la expresión del alma individual, ya que es mucho más favorable: «*... para el desarrollo de una poderosa personalidad que no la blanda comedia de las grandes metrópolis...*⁵³». Permite luego escapar al efecto deshumanizador de las masas anónimas : «*Por mi parte, como me interesan los hombres individuales, tú, Juan, que lees esto, y tú, Pedro, y tú, Ricardo, pero no me interesan apenas las masas que ellos forman cuando se juntan, me quedo en la pequeña ciudad, viendo todos los días, a horas dadas, a los mismos hombres...*⁵⁴».

Es el lugar donde mejor puede el hombre elaborar su propia historia personal, seguir los pasos de un destino individual fuera de la colectividad niveladora de la gran ciudad : «*sólo os diré que desde entonces acá me he corroborado más y más en mi creencia de que las pequeñas ciudades tranquilas, donde la historia, que es el sentimiento de la continuidad en el cuerpo social, se remansa, son las más a propósito para una íntima vida de concentración espiritual, es donde mejor pude mantenerse el ánimo fijo hacia el Norte, sin oscilaciones*⁵⁵».

1.2.2. Ciudades del alma

Dentro de las ciudades de provincia preferidas por el autor, destaca primero Salamanca, donde vive, trabaja y piensa Unamuno, y luego Ávila, por ser la ciudad castellana por autonomía.

Salamanca es la ciudad con la que mejor se identifica el autor hasta tal punto que se encuentra toda ella presente en su obra : «*No puedo evitar ponerme en mis escritos, y como nadie es más que el producto de la sociedad en que vive y de la que vive ; como todos somos condensación del ambiente en que vivimos, todo el que acierte a ponerse en sus obras pone a su patria, chica y grande en ellas. Y yo os digo que quienes sigan con alguna atención mis escritos conocen esta mi Salamanca mucho mejor que cuántas ciudades haya descrito en ellos... Siempre que os hablo de mí, de mi España, de cualquier otra cosa, os estoy hablando de ella*⁵⁶».

Es también la ciudad añorada con la que sueña desde su destierro parisino : «*Y allí, en estos días en que empiezan a caer, amarillas ya, las hojas de los árboles, como yo enjaulados - ellos en el parquecito; yo en la*

⁵² En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 197.

⁵³ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 198.

⁵⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 200.

⁵⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 136.

⁵⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 173-179.

*pensión -, allí, sin tener que cerrar los ojos, sueño y reveo aquel campo de san Francisco, de mi Salamanca, donde tantos ensueños he brizado, donde tantos porvenires he soñado. Porvenires míos y de los míos, porvenires de mi Salamanca, porvenires de mi España.⁵⁷ ». La vida en Salamanca favorece, por fin, la actividad intelectual del autor ya que : « *por debajo de todo esto, subterráneamente por así decirlo, fluye una cierta vida espiritual en esta ciudad, una vida espiritual mucho más intensa que en otras ciudades españolas de mayor población.⁵⁸* ».*

Por otro lado, Ávila es para el autor la encarnación urbana de la España eterna: « *Esa ciudad de Ávila, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora. En ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna; en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad.⁵⁹* ».

Es además la ciudad castellana por antonomasia: « *...os digo que lo mejor de España es Castilla, y en Castilla pocas ciudades, si es que hay alguna, superior a Ávila.⁶⁰* » . Y es que Ávila es la prolongación, la excrecencia urbana del campo y de la naturaleza castellanos : « *En aquel campo rocoso, entre los beruecos, que son como huesos de esta tierra de Castilla, toda ella roca, donde la gea domina a la flora y a la fauna, rocambre que es fuego cristalizado. Cincha a la ciudad el redondo espinazo de sus murallas, rosario de cubos almenados, y como un cráneo, una calavera viva, en lo alto la fábrica de la catedral, cuyo ábside cobija recovecos de misterio interior, allí, entre las bermejas columnas. Ciudad, como el alma castellana, dermato-esquelética, crustácea, con la osamenta – coraza - por de fuera, y dentro la carne, ósea también a las veces.⁶¹* ».

Mediante el juego de correspondencias entre naturaleza, biología y arquitectura, percibimos de nuevo el interés de Unamuno por las formas primitivas y en este caso por la estructura íntima de una ciudad que podría ser el arquetipo arquitectónico de la ciudad castellana.

Su esencia es por otro lado sumamente espiritual debido a su relación con la mística española y más precisamente con Santa Teresa ya que Ávila es a la vez la fuente de inspiración y el reflejo urbano del castillo interior de la santa : « *Leyendo el libro Las Moradas, de Santa Teresa de Jesús, al punto se le ocurre pensar a quien haya estado en Ávila que todo aquello de los castillos del alma no pudo ocurrírsele a la santa sino al encanto de la visión de la ciudad nativa.⁶²* ». Sobre la correspondencia estrecha entre el aspecto exterior de la ciudad y la arquitectura interior de la doctrina metafísica elaborada por la santa, añade Unamuno que : « *En*

⁵⁷ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 82.

⁵⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 178.

⁵⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 155.

⁶⁰ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 154.

⁶¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 302.

⁶² En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, Alianza Editorial, 2006, pág 154.

Ávila se comprende cómo y de dónde se le ocurrió a Santa Teresa su imagen del castillo interior y de las moradas y del diamante. Porque Ávila es un diamante de piedra berroqueña doradas por soles de siglos y por siglos de soles.⁶³».

Por fin en Ávila, como en Salamanca, uno puede encontrar las condiciones ideales para alimentar la meditación sobre la esencia de la España eterna: « *Váyase a Valencia, váyase a Sevilla el que quiera divertirse o distraerse el ánimo, el que quiere matar unos días viviendo con la sobredez del alma ; pero el que quiera columbrar lo que pudo antaño haber sido, vivir con el fondo del alma, ése que vaya a Ávila.*⁶⁴ ». Revelador es a este respecto lo que su amigo Guerra Junqueiro le dice al autor a propósito de Salamanca : « *Feliz usted que vive en una ciudad por muchas de cuyas calles se puede ir soñando sin temor a que le rompan a uno el sueño* ⁶⁵».

Tanto en Ávila como en Salamanca, Unamuno puede tomarle el pulso a la España inmortal. Y es que, en estas ciudades se ha ido depositando, siglo tras siglo, el poso de la tradición transformándolas de este modo en materializaciones urbanas de la intrahistoria, componente fundamental de la esencia de España. Así en Ávila el autor afirma que allí se puede percibir el eco de una melodía intemporal, porque: « *en ella canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna ; en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad.*⁶⁶».

1.2.3. *En busca del hombre primitivo*

Ahora bien si queda establecida la preferencia de Unamuno por las pequeñas ciudades de provincia y sus habitantes, no hay nada como el campo cuando se trata de remontarse al hombre primitivo, de perseguir al hombre intrahistórico debajo de los remolinos de la historia.

Para Unamuno el hombre primitivo vive fuera de la historia y de sus acontecimientos, no le afectan las noticias de los diarios y, si se entera por casualidad de lo que ocurre en España, es con un año de retraso: « ... y al mentar uno de nosotros a Maura, un pastor que nos oía hubo de preguntarnos: ¿pero no han matado a ese señor? Sorprendidos por la pregunta y recelando no tuviese noticias más frescas que nosotros, le

⁶³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 288-289.

⁶⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 154.

⁶⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 175.

⁶⁶ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 155.

*interrogamos y resultó que se refería al atentado de que dicho señor fue objeto en Barcelona hace más de un año... ;Feliz mortal! Había de estallar una revolución a sus pies sin que él se enterase.*⁶⁷».

Además la existencia del hombre intrahistórico sigue marcada por tradiciones ancestrales, que remontan a un tiempo indefinido, protegidas de las influencias exteriores por las montañas y sus murallas de roca impermeables a las aguas movedizas de la historia.

En los picos de Europa, tan celebrados por Pereda, el autor presencia la repartición de los prados entre los campesinos de Tudanca, insistiendo sobre el carácter inamovible de dicha tradición: « *En esta fiesta única de la siega en común del Prado del Consejo, pero dividido en suertes individuales, sentí la eternidad de este pueblo y gusté el poso de su historia. Ellos, los tudancos, deben de sentir en ella la comunión de su eternidad humana, la eternidad de su comunión, el lazo entre los muertos, los vivos y los por nacer.*⁶⁸».

Así la permanencia en el campo de comportamientos sociales intemporales es una clara manifestación de la dimensión intrahistórica del campesino español. Lo mismo podemos decir de la relación instintiva que lo une a la tierra, porque el campesino ama al campo pero : « *lo ama por instinto, casi animalmente*⁶⁹».

Esta estrecha afinidad con el entorno natural aparece también en los retratos de campesinos animalizados por el autor como en el caso del pastor vasco : « *Astutos, con la noble y dúctil energía del zorro, del noble zorro, tan calumniado por tigres, lobos, perros, monos y burros.*⁷⁰ » . La comparación con el zorro le permite a Unamuno celebrar las virtudes naturales del campesino vasco, eterno guerrillero en lucha contra las agresiones de la historia, desde los tiempos legendarios de Roldán y Carlomagno. Por otro lado, de los habitantes de las Hurdes, cuya capacidad de resistencia admira el autor, Unamuno nos explica que trabajan sin la ayuda de bestias de carga, siendo ellos mismos los que transportan : « *a propio lomo por senderos de cabras o entre pedregales sus cargas de leña o el haz de helecho para la cama.*⁷¹ » . Cabe aquí señalar que, para Unamuno, el habitante de las hurdes personifica el humilde heroísmo del hombre del campo entregado a su eterno combate contra la naturaleza : « *Han hecho por sí, sin ayuda, aislados, abandonados de la Humanidad y de la Naturaleza, cuanto se puede hacer.*⁷² » ; « *Y luego es suya la tierra porque la han hecho ellos, es su tierra hija, una tierra de cultivo que han arrancado, entre sudores heroicos, a las garras de la madrastra Naturaleza... Pues la pobre tierra cultivada de las hurdes es la hija de dolores, de afanes, de sudores, de angustias sin*

⁶⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 59-60.

⁶⁸ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 40.

⁶⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 251.

⁷⁰ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 174.

⁷¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 154.

⁷² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 153.

cuento, de esos heroicos españoles a quienes se llama salvajes. Ellos lo han hecho.⁷³». El campesino hurdano encarna por lo tanto los valores esenciales del protohombre español hasta convertirse en : « el honor de la patria ».

En “Humilde Heroísmo”, Unamuno asimila el aldeano español a las fuerzas naturales. Para el autor el campesino : « *Viene de la piedra, por camino de siglos y siglos, que se pierde en el pasado...*⁷⁴ » y es a la vez el oscuro y anónimo modelador de la tierra española cuyo paciente esfuerzo el autor compara con una lenta erosión: « *Es una gota de agua; de ellas se compone el río lento y obstinado que abre hoces y hace polvo los peñascos.*⁷⁵ ». Más aún, en el campesino confluyen ambas realidades, física y humana ya que : « *Montañas y ríos forman también su sencillo espíritu, tan asentado e inmóvil como aquéllas, tan lento y continuo como éste.*⁷⁶ ». Así la correspondencia entre realidad exterior y mundo interior es fundamental dentro de la representación unamuniana del protohombre español, capaz de sintetizar las características naturales y sociales de la patria y de convertirlas en tradición : « *su alma es lo que tienen delante : el universo, una inmensa nube que cambia sin cesar... hasta que se les resuelve en lluvia.*⁷⁷ ».

Nos encontramos aquí frente al concepto del hombre intrahistórico prolongado por la idea de paisanaje que Unamuno expone en el artículo titulado: « País, paisaje y paisanaje ». En efecto, el paisanaje es, según palabras del autor, la reunión íntima entre el paisaje y la humanidad que vive en él y que : « *le llena y da sentido y sentimientos humanos...*⁷⁸ ». De modo que si el paisaje naturaliza al campesino, este último humaniza a la naturaleza en su eterno esfuerzo por modelar la realidad y adaptarla a sus necesidades.

Como acabamos de verlo, los viajes efectuados por Unamuno por tierras y ciudades de España, alimentaron la reflexión del autor sobre la esencia física y humana de la patria. Ahora bien, a esta meditación sobre las estructuras profundas de la geografía española, hemos de añadir la preocupación del autor por definir el alma histórica de la nación. Se trata en este caso de salir en busca de la España inmortal mediante primero la reelaboración de una épica nacional y luego a través de la evocación de un genio artístico peninsular.

⁷³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 161-162.

⁷⁴ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 33.

⁷⁵ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 34.

⁷⁶ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 33.

⁷⁷ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 22.

⁷⁸ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 182.

2. En busca de la España inmortal

La contemplación del paisaje en Unamuno estimula la meditación sobre la historia de su país. Durante su excursión al Aitzgorri, escribe que : « *a la vez que de los valles iban subiendo las nieblas y velándonoslos, iban subiendo también en mi espíritu las nieblas dela Historia, recuerdos vagarosos, desgarrados, de cosas que pasaron antes que yo fuese.*⁷⁹ »

Así para Unamuno existe una estrecha relación entre la geografía y el destino histórico de España y es lo que le conduce a decir que: « *No es posible que por un escenario así no pasen los más excelsos personajes de la Historia.*⁸⁰ ».

2.1. La épica nacional

La definición de la esencia histórica de España que nos brinda a través de sus artículos de viajes se apoya en la evocación de un pasado glorioso. Lo que a Unamuno le interesa aquí es dar a conocer el carácter inmortal de la esencia histórica de la patria. Para ello hace primero referencia a las grandes figuras de la historia peninsular, aludiendo en particular a los fundadores de la monarquía universal española que son en este caso Carlos V y Felipe II. Valora también el carácter épico de dicha historia en la que abundan tanto los héroes militares como los conquistadores que le dieron a España su dimensión de imperio universal. Por último rinde homenaje a los humildes actores de la intrahistoria que para Unamuno son los verdaderos héroes de la historia española en su vertiente más universal.

⁷⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 180.

⁸⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 190.

2.1.1. Reyes inmortales

Frente a la historia de su país Unamuno siente primero la necesidad de restablecer la verdad sobre sus más ilustres actores. La leyenda negra que rodea a reyes como Carlos V o Felipe II impide ver el carácter trascendental del destino tanto histórico como humano de dichos monarquas.

La verdadera esencia histórica de la patria no puede percibirse si anda deformada por el espejo engañoso de la calumnia: « *Fueron los historiadores protestantes los que lograron imponernos en gran parte su tendenciosa y falsificada interpretación de la contrarreforma española, que era una reforma también.* ⁸¹ ».

Para el autor restablecer la verdad histórica consiste en reequilibrar una historia oficial deformada por intereses políticos sin trascendencia, es también reafirmar el carácter positivo y dinámico de los hechos históricos y de los comportamientos humanos.

Del emperador Carlos V nos dice por ejemplo Unamuno que en lugar de tirano : « *era acaso el verdadero democrata*⁸² » y que al tantas veces calumniado rey Felipe II, al que se llegó a llamar *el Demonio del Mediodía*, también se le apodaba *el Rey Prudente*.

Al contrario de lo que afirmaron algunos historiadores, los mencionados reyes, a los que habría que añadir Isabel la Católica, fueron los verdaderos artesanos políticos de la historia inmortal de España y con ellos se pasa de la España temporal a la España eterna.

Muy sugestivo es, a este propósito, lo que escribe Unamuno a la hora de evocar los últimos momentos de la reina católica en Medina del Campo : « *Allí se alza la ruina del castillo de la Mota, donde entregó aquella mujer extraordinaria su alma magnánima a Dios... Y aquella masa ingente donde se dictó aquel famoso testamento de Isabel la Católica, aquel en que dícese se habla de nuestra misión en África, mira al cielo con una inmensa resignación. Y una inmensa resignación desciende del castillo y se esparce por la llanura toda donde apunta el verde de las mieses. Lugar el más santo para meditar en lo que pasa y en lo que queda...*

⁸³ ».

Es en su actitud frente a la muerte cuando alcanzan la inmortalidad estos actores emblemáticos de la historia de España. En armonía con el paisaje metafísico en el que acabaron su vida, consiguen escapar de la materialidad de los hechos para entrar en la eternidad.

⁸¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 91.

⁸² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 91.

⁸³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 84-85.

Lo mismo ocurre con el emperador Carlos V y de « *aquel su reino tan henchido de Historia* ⁸⁴ ». Pero a Unamuno no le impresiona tanto la magnitud del imperio carolino como el contraste entre el carácter glorioso del emperador y la austeridad del monasterio de Yuste donde decidió retirarse al fin de su vida: « *¿Comó fue aquel hombre a enterrarse en aquellas soledades serranas? Allí os muestran el desnudo y pobre cuarto donde murió; allí otro cuarto donde dicen que durmió alguna vez Felipe II, y en Cuacos, una humilde casa en que os aseguran vivió algún tiempo Don Juan de Austria. Y todo ello pobrísimo.* ⁸⁵ ». No será acaso la decisión del emperador de desprenderse de las riquezas y del lujo que solían rodearle, la verdadera señal de grandeza, en total acuerdo con la solemne austeridad del paisaje que rodea al monasterio y con la propia sencillez del palacio.

Al acercarse a Yuste por segunda vez el autor también escribe : « *Recordaba muy bien mi primera visita a la fragosa soledad de Yuste, en las estribaciones de Gredos, espinazo de Iberia, y el sentimiento de eternidad, de serena eternidad, hecha de roca y de cielo desnudos, que me invadió cuando estuve sentado en la misma terraza donde recibió el gran César hispano-germánico la última llamada.* ⁸⁶ ». Notamos aquí una verdadera comunió entre el estado de ánimo del autor, el escenario natural de la muerte de Carlos V y el estoicismo del emperador que decidió retirarse para acabar sus días en la soledad más absoluta.

Soledad y eternidad andan aquí cogidos de la mano para inmortalizar el destino del emperador y así Unamuno puede escribir que : « *Carlos V de Alemania y I de España empezó a hacerse polvo mientras su espíritu acaso caía como una gota de agua en la inmensa laguna sin fondo y sin orillas de la eternidad de la Historia.* ⁸⁷ ».

La misma correspondencia entre entorno natural y dimensión histórica establece Unamuno entre El Escorial y su morador más ilustre, el rey Felipe II. Del Real Monasterio nos dice en efecto el autor que : « *Eso de hablar de la aridez repulsiva de El Escorial, como hablar de lo sombrío de su carácter, carece, en rigor, de valor estético, pues falta probar que lo árido y lo sombrío no puedan ser hermosísimos. Áridas son las pirámides de Egipto, árido es el desierto, mas yo no sé que pueda negarse inmensa hermosura a las unas y al otro.* ⁸⁸ ». Ya hemos dicho que para Unamuno la verdadera belleza tanto del paisaje como de la arquitectura se halla a menudo en la severidad y la desnudez de sus líneas, de ahí su defensa del monasterio en el que se ensancha el alma del visitante.

⁸⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 139.

⁸⁵ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 139.

⁸⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 268.

⁸⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 277.

⁸⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 94-95.

Los mismos lugares comunes corren a propósito del fundador de El Escorial, de su carácter sombrío y : « *de que proscribiera lo demasiado rico y presuntuoso* ⁸⁹ ». La verdad profunda de un paisaje, de una obra de arte o en el caso que nos interesa, de un hombre, no debe ir disfrazada con seductoras apariencias sino expresarse a través de una fuerte y auténtica personalidad. Según Unamuno, Felipe II, : « *este hombre singular, preocupado de la salvación de las almas de sus súbditos, fue, en su sombrío orgullo, su mística devoción, su poderosa individualidad, la personificación del espíritu de su pueblo, fue “el primer rey verdaderamente español de toda España”* ⁹⁰ ». Evidente es aquí la identificación entre El Escorial y su morador que llegan a compartir la misma severa grandeza aplicada a su vez a la entera península. De esta comunión íntima entre el rey y el monasterio llega a decir el autor que: « *Este espíritu severo, desnudo y fuerte habla en las piedras de El Escorial a quien quiere oírlo.* ⁹¹ ».

De modo que tanto Isabel la Católica como el emperador Carlos V y el rey Felipe II consiguieron identificarse con la tierra y el pueblo de España, disolviéndose en el alma de la nación que contribuyeron a crear.

2.1.2. *La eterna reconquista*

Durante su recorrido por tierras aragonesas, Unamuno escribe que: « *Esta región, entre las provincias de Soria, Zaragoza y Guadalajara, es la tierra del viejo poema del Cid, del Romance de Mio Cid, y de ella, como de nuestro más antiguo documento poético de lengua castellana, se exhala olor de antigüedad remotísima. Encuéntrase uno entre el corazón de la patria unificada.* »⁹². Del mismo modo podemos decir que la Reconquista de España se encuentra en el corazón histórico de la patria y es ahora cuando cabe recordar lo que escribe Unamuno acerca de los ritmos profundos de la Historia eterna y que : « *la lanzadera del tiempo va del pasado al porvenir y vuelve del porvenir al pasado, a retrocurso, en flujo y reflujo.* ⁹³ ».

Sístole y diástole históricos marcan el correr de los siglos, la respiración histórica de la patria, que el autor expresa en clave de eterno retorno, de repetición infinita como lo confirma aquí la alusión al movimiento

⁸⁹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 95.

⁹⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 99-100.

⁹¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 100.

⁹² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág 192.

⁹³ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 112.

imperturbable de las aguas. Y es que para el autor la repetición eterna caracteriza su representación de la historia, que se desarrolla, como: « *los vastos mundos estelares, en espiral.*⁹⁴ ».

De la misma manera los movimientos humanos que acompañaron los grandes ciclos de conquistas y reconquistas siguen también el flujo eterno de los ríos. Como lo hace el Duero al bajar del Urbión, los hombres de la Reconquista descendieron de las sierras del Alto Duero, en pos del Cid, para emprender su lucha contra los moros. Mientras tanto: « *El Duero niño susurra, en siseo de sierra, vagidos infantiles, ciñe a Soria y cruza luego la desolación de la escombrera castellana. ¡Santo Padre Duero! Sobrio y austero Duero, de cuya cuenca se salió Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, llamando por pregón en tierras de Castilla a los que quisieron salir de pobres y enriquecerse a costa de moros en Valencia.*⁹⁵ ».

Aún más sugestiva es la comparación que el autor establece entre la Reconquista y la transhumancia cuyos rebaños de ovejas cruzan desde tiempos inmemoriales las grandes llanuras castellanas y es que: « *lo que íntimamente permanece es el espíritu de la cañada, de la mesta. “¡La eterna historia!”... Y la otra, la Reconquista mayúscula, ¿qué es lo que fue sino la lucha de unos pastores, ganaderos, contra otros, y por la trashumancia...*⁹⁶ ». No es por lo tanto tan importante la figura del Cid como el instinto que movió a los hombres de la Reconquista a lanzarse en su lucha por la recuperación de la tierra.

La misma energía intrahistórica inervó la Conquista de América que en realidad no fue otra cosa que la repetición o la prolongación de la Reconquista. Fueron en efecto los mismos hombres, salidos de las mismas tierras de Castilla o de Extremadura los que zurcaron el mar petrificado, ese piélago de tierra de la meseta para lanzarse al océano en busca de nuevas tierras. En cuanto a la concepción de la historia como eterno recomienzo, revelador es lo que escribe Unamuno a propósito de la llanura manchega: « *De vastos llanos así, de estepas asiáticas, salieron los conquistadores ante cuyos corceles se ensanchaba la tierra.*⁹⁷ », dándonos a entender la estrecha filiación histórica que une los bárbaros del siglo V a los futuros conquistadores de América.

Como en el caso de la reconquista, las fuerzas ocultas de las aguas acompañan y sostienen la dinámica de la historia. Evocando al Tajo, Unamuno escribe: « *Riberas escuetas y desnudas por donde fluye, llevando recuerdos de ruinas, el río antaño imperial. Si es que puede ser imperial un río no navegable. Y, sin embargo,*

⁹⁴ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 169.

⁹⁵ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 113.

⁹⁶ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 122.

⁹⁷ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 107.

*de su cuenca salieron los grandes conquistadores imperiales de Ultramar.*⁹⁸» y también: «*Y en tanto, corrían las aguas del Ebro al mar de Roger de Lauria, y las del Duero, al mar imperial de Colón, de los Reyes Católicos, católicos de catolicidad, de universalidad española.*⁹⁹».

De nuevo el autor establece correspondencias entre paisaje y acontecimiento histórico. En el caso de la Conquista, Unamuno insiste en que: «*Los grandes conquistadores se formaron en la llanura, fueron hombres del llano, aquí, en España, extremeños.*¹⁰⁰» Y es que el llano es también un mar cuya «*gigantesca oleada petrificada*» se alza el cielo. No es de extrañar entonces que fuera: «*esta bravía y recia Extremadura la que más nutrió con sus hijos las filas de aquellos legendarios aventureros que desde el fondo de estas sierras y estos campos, sin haber nunca visto el mar, que cae lejos de aquí, se lanzaron a cruzar el mar para ir a la conquista del Eldorado, sedientes de oro y aventuras.*¹⁰¹» Los paralelismos y las correspondencias metafóricas que el autor establece entre el llano y el mar no sólo fijan el anhelo conquistador en el terreno de la continuidad sino que también le dan un carácter eterno a la dinámica histórica.

Así, del mismo modo que los pastores y los rebaños de la Mesta cruzaban las inmensas llanuras castellanas en busca de nuevos pastos, los conquistadores emprendieron su larga transhumancia marítima en busca de nuevas tierras. He aquí el eterno sueño de la conquista que se repite a lo largo de los siglos dibujando los contornos de la esencia intrahistórica de España.

2.1.3. *La epopeya de la humildad*

Según acostumbra hacerlo, Unamuno intenta sacar a la luz los más íntimos mecanismos de la realidad y en el caso de la historia es el concepto de intrahistoria el que le permite al autor revelar la esencia inmortal del país. Para ello se vale de nuevo de la metáfora marítima para afirmar que si los hechos históricos son como las olas de un océano en perpetuo movimiento, la verdadera historia, la eterna historia se esconde, inmóvil, en su fondo. Según Unamuno los hombres son como madréporas, que pacientemente, siglo tras siglo, levantaron los corales de la realidad histórica de la patria. Son los verdaderos héroes humildes y anónimos de la construcción de la patria. Como el humus de la tierra, el hombre intrahistórico constituye el elemento fundamental de la historia cotidiana y por lo tanto eterna del país. Sin él no habrían sido posibles las grandes sacudidas de la

⁹⁸ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 175.

⁹⁹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág 96.

¹⁰⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág 258.

¹⁰¹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 243.

historia : « *Una guerra de aldeanos acompañó al parto de la Reforma, que sólo llegando hasta ellos se asentó; los aldeanos hicieron eterna la obra de la Revolución francesa*¹⁰² ... *Terremotos sociales han levantado con fogosa fe montañas enteras, disclocando a los pueblos, pero es él, el que cava junto al río y frente a la sierra, quien ha esculpido minuto a minuto y gota a gota, a golpes de azadón, las montañas de la fe...*¹⁰³ ».

Uno de estos héroes humildes es el pastor vasco que discretamente y sin salir del anonimato, ha moldeado, a su manera paciente y tozuda, el destino histórico del país a lo largo de los siglos. De ahí esta descripción llena de admiración: « *Aquí abajo, en la campa, están los pastores: pastores, y si se tercia contrabandistas. De ellos pudieron salir los cazadores, y de los cazadores los guerrilleros. Los guerrilleros ágiles, de planta tan ligera como segura, de marcha de zorro. Agilidad, agilidad sobre todo, y vista rápida y segura. Saber dónde se pisa y pisar firme y pronto. Son los que cerraron el paso en Roncesvalles a Carlomagno, los que derrotaron a Roldán; son los que estuvieron a punto de copar a Massena; son los que, en dos guerras durante el pasado siglo, tuvieron en jaque a los pesados ejércitos nacionales.*¹⁰⁴ ». Aquí están reunidas las condiciones de una épica de los humildes, verdaderos artesanos, de la patria heroica y eterna.

¹⁰² No puedo dejar aquí de señalar la comunidad de espíritu que une Unamuno con el historiador francés Michelet que, en 1843, escribe en su “Historia de la Revolución Francesa”: « *Et voilà comment elle est devenue, notre Révolution, solide, durable, éternelle... C'est qu'elle ne s'assit pas seulement sur le sol mobile des villes, qui monte et qui baisse, qui bâtit et démolit. Elle s'engagea dans la terre et dans l'homme de la terre. Là est la France durable, moins brillante et moins inquiète, mais solide, la France en soi. Nous changeons, elle ne change pas. Ses races sont les mêmes depuis bien des siècles ; ses idées semblent les mêmes ; ce qui est plus vrai, c'est qu'elles avancent par un travail insensible et latent, comme se fait tout changement dans les grandes forces de la nature, non surexitées par la passion qui use et dévore. Cette France, dans cent ans, dans mille ans, sera toujours entière et forte ; elle ira, comme aujourd'hui, songeant et labourant sa terre, lorsque depuis longtemps nous autres, population éphémère des villes, nous aurons enfoui dans l'oubli nos systèmes et nos ossements.* », Jules Michelet, *Histoire de la Révolution Française*, bibliothèque de la Pléiade, 1952, pág. 755.

¹⁰³ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 34.

¹⁰⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 178.

2.2. El alma artística de España

Donde mejor se percibe el alma de la historia peninsular es sin lugar a dudas en sus monumentos y entre ellos en sus iglesias, monasterios y catedrales que según el autor son las más: « *elocuentes páginas de la historia de España.*¹⁰⁵ ».

En efecto la esencia artística de España se compone fundamentalmente de dos elementos que son, por un lado la dimensión religiosa de las obras de arte y por otro, su relación estrecha con la piedra.

De ahí la preferencia del autor por el arte románico que conserva mayor proximidad con el alma rocosa de la patria. Unamuno añade a esta lectura « materialista » de la arquitectura nacional una dimensión espiritual en la que : « *se condensa todo un sistema de ideas, de pensamientos.*¹⁰⁶ ».

Sin embargo la esencia artística de España no sólo aflora en la piedra de sus catedrales sino que también fluye por las páginas de los grandes escritores y poetas de la literatura española clásica. Sugestiva es, a este propósito, la valoración de autores como Jorge Manrique, Fray Luis de león, Teresa de Ávila o Cervantes, no sólo como figuras emblemáticas del genio literario español, sino también como representantes, en menor o mayor medida, de lo que Unamuno llama el « *espiritualismo materialista español* ».

2.2.1. Arte románico versus arte gótico

Durante su visita a la ciudad de León, Unamuno confiesa su preferencia por el arte románico, mejor adaptado para transcribir la esencia artística de España. Al hacer referencia a la catedral de León nos dice que : « *Hase dicho también, no sé con que fundamento, que es poco española. Verdad es que se le ha negado casticidad a nuestro arte arquitectónico, de importación lo más de él, sobre todo el gótico. Lo nuestro parece ser una parte del románico, el llamado visigodo... Pero las catedrales góticas nos vinieron de Francia...*¹⁰⁷ ». Aquí, no se aparta el autor del arte gótico por meras consideraciones estéticas, ni mucho menos, bien sabía apreciar la ligereza y la pureza de formas de dicha catedral, sino porque no es genuinamente española y también porque :

¹⁰⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 127.

¹⁰⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 248.

¹⁰⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 125-126.

« *le falta recogimiento y misterio.* ¹⁰⁸ ». Dicho con otros palabras le falta la profundidad espiritual que el autor en cambio encuentra en el arte románico.

Así, sobre la basílica románica San Isidoro, Unamuno escribe que : « *Lo que en León produce impresión más profunda al espíritu algo cultivado es la venerable basílica románica de San Isidoro, donde está el formidable panteón de los reyes de León... Al entrar en el solemne recinto, bajo el techo, con sus robustas columnas románicas, en que los reyes del antiguo reino de León duermen en el eterno olvido, se siente el ánimo sobrecogido.* ¹⁰⁹ ». Al autor le impresiona la capacidad que el estilo románico tiene de entrar en resonancia con la historia más antigua y gloriosa de España, la de su formación misma.

De igual manera Unamuno valora la grave austeridad de la catedral de Santiago por su capacidad a expresar el alma nacional, siendo toda ella sepulcro de Santiago, patrón de España : « *La religiosa gravedad del románico no se presta a las sentimentaleras literarias del gótico... Allí, en la catedral de Santiago, hay que rezar de un modo o de otro ; no cabe hacer literatura... El austero granítico compostelano rechaza los floreos de la arenisca salmantina... Santiago es lo más castellano que hay en Galicia ; es, en rigor, una ciudad profundamente castellana, de una Castilla de cielo plúmbeo y lluvioso... Santiago, corazón de Galicia, es uno de los corazones de España ; lo específico y diferencial galaico parece que se borra en él y resurge el alma común española, base castellana, el alma nacional... El sepulcro de Santiago es un sepulcro de España toda.* ¹¹⁰ ». Aquí cabe añadir que el sepulcro de Santiago se encontraba en el corazón mismo de la Europa espiritual cumpliendo su papel de centro internacional de las grandes transhumancias religiosas que conducían a los peregrinos hacia la cuna medieval del cristianismo : « *Camino de Santiago se le llamó a la vía láctea, nebulosa de estrellas que guiaba a los peregrinos al término de sus anhelos, como a los magos su estrella, y la ruta toda hallábase sembrada de santuarios y hospederías.* ¹¹¹ ».

2.2.2. Formas primitivas de arte

Con ocasión de su visita al monasterio de San Juan de la Peña, en los confines de Aragón, el autor se halla frente a las formas más primitivas de la arquitectura española, una prehistoria del románico que a duras penas permite distinguir la piedra de talla de la roca primitiva : « *En socavón de las entrañas rocosas de la tierra, en*

¹⁰⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 125.

¹⁰⁹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 126-127.

¹¹⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 106-107-110-111.

¹¹¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 102.

una gran cueva abierta, una argamasa de pedruscos que corona con cimera de pinos. Y allí, en aquella hendidura, remendado con sucesivos remiendos, el santuario medieval en que se recogieron monjes benedictos, laya de jabalíes místicos, entre anacoretos y guerreros, que verían pasar en invierno, hollando nieve, jabalíes irracionales de bosque, osos, lobos y otras alimañas salvajes. Bajo aquel enorme dosel rocoso sentirían que pasaban las tormentas. Los capiteles románicos del destechado claustro – le basta la roca por cobertor – les recordarían el mundo, un mundo no de mármol ni de bronce helénicos o latinos, sino de piedra, un mundo berroqueño, en que la humanidad se muestra pegada a la roca...¹¹² ». En aquella antiguedad del arte español, formas naturales y formas arquitectónicas se fundían en perfecta armonía para crear una suerte de caverna románica, en la que unos pre-monjes, medio hombres, medio bestias, escribían los primeros capítulos de la historia espiritual de España. Nos encontramos aquí en el alma misma del arte español, hecha de roca inmortal como su tierra adusta.

Este arte esencial es por otra parte espiritual, meta-físico para decirlo de manera más exacta, por su capacidad a espiritualizar la materia. Es lo que Unamuno nos dice cuando escribe que : « *Los escarpes de esos arribes que del vasto tablazo de la Armuña bajan a las riberas del Tormes son como contrafuertes de una gigantesca seo, son arquitectónicos.*¹¹³ », afirmando al mismo tiempo y en la misma página que : « *en cambio, en la ciudad, créese uno en una vasta formación geológica.* ». Y es que, para el autor, no se pueden separar el espíritu de la materia y viceversa. De este modo echa Unamuno las bases de lo que llama el anti-idealismo español, o dicho con mayor precisión, el espiritualismo materialista que según él caracteriza el pensamiento español.

Por lo tanto podemos ahora concluir diciendo que para Unamuno, si la historia es el pensamiento de Dios, los edificios religiosos son su escritura y : « *Cada una de estas fábricas de piedra de estos edificios diríase una inmensa frase arquetónica, un aforismo de líneas... Las Pirámides son inmensas frases de piedra que se alzan de las arenas del desierto.*¹¹⁴ ». El alma y la materia se funden de este modo para crear en la tierra, la ciudad de Dios : « *el Supremo Arquitecto* », el diseñador de la máquina inmortal del universo.

¹¹² En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, págs 167-168.

¹¹³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 248.

¹¹⁴ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 248-249.

2.2.3. *La esencia de España en su literatura*

La España inmortal se encarna por fin en la obra de autores visionarios como Jorge Manrique, Fray Luis de León o Teresa de Ávila. A esta lista hemos de añadir también personajes literarios que, como Sigismundo o Don Quijote, acaban siendo los mejores intérpretes de la esencia inmortal y universal del país. En el primer texto de « *Paisajes* », Unamuno escribe que : « *En no pocas obras de la más genuina literatura castellana se siente el campo de Castilla aun cuando no esté en ellas expresado. Es como el fondo oculto, cual profundo tono armónico que sostiene a la abierta melodía. Sólo dejando que nos embeba el espíritu, el alma, el vasto páramo castellano se revive a Segismundo y se recogen con fruto las encendidas aspiraciones místicas de santa Teresa o de san Juan de la Cruz.* ¹¹⁵ ». Existe en efecto una verdadera comunión espiritual entre la realidad profunda de España y las obras literarias a las que Unamuno alude en sus artículos de viaje.

Según el autor, nadie mejor que Fray Luis de león supo expresar el sentimiento castellano de la naturaleza. Una íntima relación une la obra del poeta con el paisaje de la Flecha que fue el escenario de su creación doctrinal. La contemplación de la naturaleza que lo rodeaba alimentó la meditación del creador de *Los nombres de Cristo* : « *En aquel deleitoso rincón de la Flecha, junto al claro Tormes que marcha tan lento que parece gozar durmiéndose, aprendió Fray Luis la alegre desnudez de la pobreza y el gozo de la resignación y allí fue donde mejor le aleccionó el cielo espléndido en la armonía de los mundos con la dulce sinfonía de las puras líneas, sencillez paradisiaca a que reviste de castísimos colores.* ¹¹⁶ ». Y es que sólo el contacto con la tierra puede desencadenar la reflexión metafísica, sólo la visión del paisaje puede provocar la exaltación mística ya que: « *Sólo desde el campo cabe penetrar en toda la sublimidad de la vasta llanura de los cielos ; sólo desde el paisaje adquieren su más acabada significación los símbolos celajes ; sólo el verde de los campos da su preñado sentido al rosa de las almas y al azul de los espacios.* ¹¹⁷ ».

Numerosas son las citas de las que Unamuno se vale para darnos a sentir la comunión espiritual que unía el poeta y el paisaje. A lo largo de la representación de la vida del poeta en la Flecha notamos la admiración y, por qué no, la envidia del autor salmantino por la paz espiritual alcanzada por el autor de *Los nombres de Cristo* : « *Tendido el poeta en las márgenes del río, frente a la cortina de álamos de la orilla opuesta y viéndola cual a friso burilado en el cielo que en las puras aguas parece continuarse, acabaría por sentir a la*

¹¹⁵ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 6.

¹¹⁶ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 12.

¹¹⁷ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 13.

tierra en que yacía cual a mero ropaje del espacio, penetrando así en lo más hondo de aquella enseñanza de que la « vida es sueño ». ¡Qué dulce soñar el de aquella vida ! ¡Qué dulce vida la de aquel soñar! ¹¹⁸».

Para el escritor salmantino, Fray Luis es una fuente de inspiración y un modelo del que ha de inspirarse a la hora de transcribir el paisaje castellano en su esencia más pura. Admiración, como lo dijimos antes, siente también Unamuno por la capacidad visionaria de fray Luis, con el que además tiende a identificarse en su busca de la esencia de España. Como fray Luis, Unamuno huye de la ciudad para refugiarse en la calma y el silencio del campo donde se harta de ver para luego recordar y por fin soñar con el porvenir de España. Revelador es, a este propósito, lo que escribe Unamuno de fray Luis cuando iba a la Flecha : « *a reponerse de las fatigas de su magisterio, labor también de pacífico combate esta del magisterio, e iba a recobrar salud...* ¹¹⁹». ¿No hacía lo mismo el rector de Salamanca cuando al tener un día de vacaciones se decidía : « *a huir de la ciudad y de sus cuidados, a respirar aire del campo libre...* ¹²⁰»?

En cuanto a Teresa de Ávila toda su obra es el reflejo del paisaje en el que se crió : « *Muchas veces se ha hecho notar y especificándose con ejemplos, cómo el campo, el paisaje castellano en que se crió y con que se crió entra en la obra de la doctora mística. El castillo de las « Moradas » es la ciudad de Ávila, con sus murallas y cubos de éstas, es la maravillosa ciudad que tiene que mirar al cielo.* ¹²¹».

Durante su visita a la cuna de la Santa, insiste en que la configuración misma de la ciudad favorece la elevación espiritual : « *lo primero que uno echará de ver en Ávila serán sus murallas, aquellas recias murallas, con sus grandes cubos, que la convierten en fortaleza y en convento, y que impidiéndole crecer y ensanchar por tierra hacia los lados, parece como que la obligan a mirar al cielo.* ¹²²». Toda la ciudad de Ávila se convierte en el reflejo urbano de la arquitectura mística elaborada por la escritora: « *Es el castillo interior de las moradas de Teresa, donde no cabe crecer sino hacia el cielo. Y el cielo se abre sobre ella como la palma de la mano del Señor.* ¹²³».

Cierto es que en ninguna otra ciudad habría podido Teresa encontrar las condiciones del fecundo recogimiento que le permitieron alcanzar el extásis ya que toda ella es una celda con sus murallas que parecen clausurarla y aíslarla del mundo, siendo la ciudad entera : « *un verdadero hogar para el alma...* ¹²⁴».

¹¹⁸ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 12.

¹¹⁹ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 13.

¹²⁰ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 238.

¹²¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 299.

¹²² En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 154.

¹²³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 302.

¹²⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 159.

Su comunión con la naturaleza se hace aún más íntima que en el caso de fray Luis, ya que se apoya en : « *el pequeño campo doméstico y familiar, la huerta casera...* ¹²⁵ » para formular una doctrina mística que a su vez metaforiza el paisaje en el que se crió la Santa. Y es que la obra de Teresa hace coincidir el paisaje exterior con el interior, lo que a Unamuno le lleva a decir que : « *En la obra de la santa de Ávila se ven esas dulces huertas interiores de esta tierra grave y tan llena de roca, de hueso. Aquí, en esta tierra, se comprende lo que es eso del jardín interior del alma, del jardín cercado y con su humilde noria.* ¹²⁶ ».

La misma comunidad espiritual une Unamuno con otro gran poeta metafísico español, Jorge Manrique, el inmortal autor de « *Las coplas por la muerte de su padre* ». Comparte Unamuno las mismas preocupaciones metafísicas que Manrique acerca del destino del hombre y de la muerte y son en efecto abundantes las citas de los primeros versos de la tercera estrofa del poema que empieza por : « *Nuestras vidas son los ríos /que van a dar en la mar / que es el morir...* ». Ambos autores se valen del río y del mar para expresar su visión del destino humano. Frente al Tajo, Unamuno se pregunta : « *¿Hay algo que mejor simbolice la vida de un hombre que la de un río, desde que, brotando de una fuente entre montañas, va a morir en otro río o en el mar ? Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir ... , como cantó Jorge Manrique en sus inmortales coplas Tiene el río su infancia, su adolescencia, su madurez, su vejez y su muerte, tiene sus horas de angustia y de tormenta, sus horas de descanso, sus horas de desfallecimiento.* ¹²⁷ ».

Es en « *Paisajes del Alma* » donde más frecuentemente alude Unamuno a los versos de Manrique, lo que no ha de extrañarnos, cuando sabemos que fue en esta última recopilación de artículos donde el autor expresó con más intensidad sus preocupaciones ontológicas.

Así, al presenciar la procesión del Jueves Santo en Medina de Rioseco, Unamuno formula una serie de preguntas dolorosas sobre el sentido mismo de la vida que giran alrededor de los ya citados versos de Manrique : « *¡Ay cuánto secos ! Fatídico y emblemático nombre ese de Rioseco, río seco. « Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la... » ¿ Y no también las estrellas ? Que van a dar... ¿Dónde ? Y pasarán como los ríos y como los pasos de toda procesión humana o divina, en perpetuo Jueves Santo, mientras la muerte toca la guitarra y al son bailan los mortales.* ¹²⁸ ». Al entremezclar los versos del poeta con sus propias reflexiones, Unamuno no sólo se inscribe en una continuidad de pensamiento, sino que actualiza y le da valor eterno a lo que escribió Manrique ya en el siglo XV.

¹²⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 300.

¹²⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 300.

¹²⁷ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 242.

¹²⁸ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 104.

La esencia inmortal de España se encarna por fin en dos figuras míticas de la literatura española, ambos conocidos por su cuestionamiento de la realidad : Don Quijote por un lado y por otro el Segismundo de “ *la vida es sueño* ”.

Del primero Unamuno nos dice que encarna el espíritu caballeresco y que simboliza otra faceta del anhelo místico: « *¿No fueron acaso hermanos del alma Don Quijote de la Mancha y San Ignacio de Loyola? ¿No empezó Santa Teresa prendándose de los libros de caballerías? ¿No se llamó acaso a la santidad a la española caballería a lo divino?* ¹²⁹ ». Al cruzar la inmensa llanura manchega, Unamuno se rememora la figura agonística de Don Quijote : « *De esta tierra, de esta Mancha, de un lugarón manchego, al romper del alba, cuando el sol iba a salir de la tierra, su reino del día, y cuando iba a brotar del lindero común, salió Don Quijote... Qué solitario fue Nuestro Señor Don Quijote... Solo y solitario vio en sus mañanas de caza cómo los molinos de viento molían ... aire. Y se perdieron sus ensueños en el doble horizonte.* ¹³⁰ ». Unamuno identifica en efecto la ilimitada imaginación del caballero con los inmensos llanos de la Mancha. Del mismo modo, en Alcalá de Henares, el autor, mediante juegos especulares, recuerda a Cervantes recordando a Don Quijote y a Don Quijote rememorándose, a su vez : « *los ardientes, escuetos y dilatados campos de Castilla, tan ardientes, escuetos y dilatados como el espíritu quijotesco.* ¹³¹ ».

Dividido entre idealismo y desengaño, Don Quijote, personaje tragicómico, encarna el heroísmo de la epopeya histórica frustrada de una España que se soñaba universal y que acabó en el aislamiento y la decadencia.

De ahí la amarga reflexión de Unamuno, durante su visita a la ciudad manchega de Chinchilla, acerca de la realidad española actual : « *...Chinchilla se derrumba sin rumbo y más bien se vacía, se despuebla de almas. En sus caserones solariegos, blasonados, tras de las rejas vagan las sombras espirituales de los antiguos hidalgos de alcurnia, madrugadores y amigos de la caza, como Don Quijote...* ¹³² ».

¿No será Don Miguel de Unamuno, el verdadero heredero de Don Quijote, que cual moderno caballero andante cruza tierras de España, haito de sueños y visiones, bregando con los eternos molinos de la realidad?

En Segismundo se refleja la capacidad de resistencia de lo español frente a una realidad demoledora y engañosa. En este personaje se encarna la españolidad entera que como Segismundo afirma que: « *¡La vida es sueño!* ¹³³ ». Unamuno interpreta al personaje calderoniano en clave de inmortalidad ya que si Segismundo

¹²⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 157.

¹³⁰ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 107.

¹³¹ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 91.

¹³² En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, págs. 107-108.

¹³³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 253.

nos dice que la vida es un espejismo, para el autor salmantino : « *el sueño es lo único que queda, y lo otro, lo que no es sueño, no es más que digestión que pasa...* ¹³⁴ ».

Fiel a sus obsesiones sobre lo efímero y lo eterno, Unamuno reinterpreta el destino trágico de Segismundo para afirmar su fe en lo permanente frente al espíritu de capitulación. Así al citar los famosos versos de la segunda escena de la primera jornada de la obra de Calderón: « *¿y teniendo yo más alma, tengo menos libertad ?* », Unamuno, para quien Segismundo es el hombre español por antonomasia¹³⁵, expresa su fe en la afirmación personal como clave de una nueva libertad recobrada. Ve en Segismundo el símbolo, según palabras de González Egido, del : « *renacimiento vital, la españolidad conflictiva y la fuerza de la propia personalidad, como una afirmación.* ¹³⁶ ».

¹³⁴ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 253.

¹³⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 253.

¹³⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 42.

3. La esencia espiritual de España

Como acabamos de verlo las andanzas de Unamuno por tierras y ciudades españolas le permitieron dibujar los contornos geográficos e históricos de la esencia de España y de expresar así la parte más visible de la realidad nacional. Sin embargo su exploración de la península conduce el autor a ir más allá de la realidad sensible para proponernos una lectura menos explícita de la esencia del país.

3.1. El paisaje es una metáfora

Unamuno se define a sí mismo como : « *viajero incansable de los campos del espíritu*¹³⁷ » en busca de la realidad oculta de la patria, en su dimensión más secreta, menos visible, que el autor, sin embargo, consigue convocar gracias al poder trascendental de la metáfora.

3.1.1. *Montaña, desierto y mar*

Los paisajes de España se transforman así en paisajes del alma que encuentran en la metáfora metafísica su máxima expresión. En el artículo titulado : « *¡Montaña, desierto, mar !* », Unamuno contrapone el carácter artificial de la capital francesa con la dimensión eterna de la sierra de Gredos : « *¡Ni montaña, ni desierto, ni mar, ni siquiera río, verdadero río ! ¡Y por todas partes historia, historia, historia ! ¡Y luego, almacenada en museos, arqueología !... Y uno busca con los ojos del alma la cumbre de Almanzor, en Gredos ; el páramo palentino, la mar que se ha olvidado de las carabelas de Colón...¡Ay ! ¡Este empacho de civilización ! ; Y pisar siempre en losa, en encachado ! Pisar siempre en la historia ! Cierro los ojos para ver. Y allí está, allí, un poco a la derecha del depósito de aguas - ¡otro artefacto histórico !-, cerrando o abriendo el cielo, confundiéndose a veces con las nubes, allí está la cumbre nevada de Gredos. Desde allí nos llama y no a su altura, no a su trono, sino a nuestro más íntimo deber ; desde allí nos llama al sentimiento de la eternidad.* ¹³⁸ ».

¹³⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 190.

¹³⁸ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 88.

Este sentimiento de la eternidad al que alude aquí el autor se encarna en paisajes recordados y pasados por el filtro de la especulación metafísica. Así la montaña para Unamuno es el símbolo de la eternidad y Gredos, en particular, es una visión eterna porque : « *está fuera del tiempo, fuera del pasado y del futuro, en el presente inmóvil, en la eternidad viva.* ¹³⁹ ». Es también en la Peña de Francia donde el autor sintió con más fuerza la dimensión metafísica de la cumbre : « *Allí arriba, en la cumbre de la Peña de Francia, sentía caer las horas, hilo a hilo, gota a gota, en la eternidad, como lluvia en el mar.* ¹⁴⁰ ».

Pero el autor se vale de otras imágenes para expresar los conceptos metafísicos de infinito y eternidad y entre ellas podemos destacar el desierto y el mar. En Palencia le sobrecoge al autor la visión desolada de los campos que rodean a la ciudad : « *Allá, en aquella línea derecha que corona esos calizos escarpes, empieza el páramo, el terrible páramo, el que se ve, como un mar trágico y petrificado, desde la calva cima del Cristo del Otero.* ¹⁴¹ ». Sin embargo, a renglón seguido, valora este mismo paisaje insistiendo en su capacidad inspiradora : « *Al borde del desierto han brotado los más jugosos, los más fuertes cantos de la eternidad del alma. Ni hay agua como el agua profunda, soterraña, del desierto.* ¹⁴² ». Así la visión de la llanura castellana despierta en el autor el recuerdo del desierto en su dimensión más mística, de escenario privilegiado del encuentro con Dios: « *Vi, hace ya tiempo, un cuadro, cuyo recuerdo me despiertan estos campos. Era en el cuadro un campo escueto, seco y caliente, un cielo profundo y claro. Inmensa muchedumbre de moros llenaba un largo espacio, todos de rodillas, con la espingarda en el suelo, hundidas las cabezas entre las manos y apoyadas éstas en el suelo. Al frente un caudillo, tostado, de pie, con las brazos tendidos al azul infinito y la vista perdida en él, parecía exclamar : « ¡Sólo Dios es Dios ! ». Aquellos campos lo mismo podían ser los de Arabia que los de Castilla.* ¹⁴³ ». El desierto de Unamuno, como reflejo invertido del cielo infinito, facilita la unión mística con Dios, es el refugio de los Padres del Desierto, aquellos « *atletas de Dios* » que en el siglo IV de nuestra era, decidieron abandonar la ciudad para vivir en las soledades desérticas de Siria o de Egipto.

El mar es otra declinación metafórica de la eternidad particularmente presente en la obra de Unamuno.

Según el autor le da : « *alas al alma* », y es que el desierto y el mar comparten la misma función evocadora de intemporalidad : « *El páramo es como la mar. ¡La mar ! Allá en Fuerteventura, en mi entrañada Fuerteventura – pedazo de mi alma eterna ya -, bañaba todos los días mi vista en la visión eterna de la mar,*

¹³⁹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, págs. 85.

¹⁴⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 165.

¹⁴¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 279.

¹⁴² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 279.

¹⁴³ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 92.

*de la mar eterna, de la mar que vio nacer y verá morir la historia, de la mar que guarda la misma sonrisa con que acogió el alba del linaje humano, la misma sonrisa con que contemplará su ocaso.*¹⁴⁴».

La sonrisa a la que alude aquí el autor expresa todo el misterio de la creación. La misma sonrisa arbora el mar en la laguna de Tenerife, cual : « *eterna esfinge azul de crin de plata.*¹⁴⁵», esfinge muda que no formula preguntas y que tampoco contesta las interrogaciones del autor sobre el gran misterio de la muerte : « *E iba yo contemplando, desde cubierta cómo pasaban las olas, cómo pasan por la vida los hombres, e iba pensando en las ambiciones enterradas en el seno de esta fuente de consuelos.*¹⁴⁶ ».

Como símbolo de permanencia e eternidad el mar encarna también la dimensión intrahistórica de la realidad humana lo que le hace pensar al autor, harto de superficialidades, que sería dulce : « *reposar por siempre en su seno tranquilo y silencioso – silencioso y tranquilo mientras su sobrehaz ruge y se agita -, reposar aquí mientras sus olas cantan nueva vida.*¹⁴⁷ ».

El mar afirma por fin su esencia divina o mejor dicho a través del mar se afirma la presencia de Dios en la tierra como lo podemos corroborar a través de la metáfora siguiente : « *el mar es el espejo de los ojos de Dios.* ».

La montaña, el desierto y el mar, como manifestaciones de lo eterno, constituyen los tres pilares de la metaforización de España dentro de la representación unamuniana de la esencia espiritual del país.

En el texto titulado : « *Paisaje teresiano* », el escritor teoriza su concepción del campo como metáfora. La metáfora es según el autor el revelador de lo invisible y, el campo, el reflejo de la esencia espiritual del país : « *¿Pero es que el campo mismo, la pintura de Dios, es más que un ramillete de metáforas o toda una metáfora ? El universo visible es una metáfora del invisible, del alma, aunque nos parezca al revés.*¹⁴⁸ » . Un poco más lejos escribe que : « *La metáfora es el fundamento de la conciencia de lo eterno. Y la conciencia de lo eterno, el ansia de inmortalidad, es la esencia del alma racional. Alma racional y metafórica.*¹⁴⁹ » dándonos así a entender que el campo es una proyección de su propio espíritu.

¹⁴⁴ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 86.

¹⁴⁵ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 228.

¹⁴⁶ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 228.

¹⁴⁷ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, págs. 228-229.

¹⁴⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 300.

¹⁴⁹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 301.

3.1.2. *La sacralización del espacio nacional*

La espiritualización del paisaje se prolonga mediante la afirmación de la dimensión religiosa de España.

El ritmo mismo de las excursiones del autor coincide con las fechas del calendario cristiano, santificando de este modo la exploración de la realidad española que el autor lleva a cabo en sus relatos de viaje. Sus vacaciones coinciden con la Semana Santa, llega al Escorial el día de Viernes Santo, pasa el Jueves Santo en Medina de Rioseco, el día de San Juan Bautista sube a la cabecera de la Castilla leonesa, se encuentra en Manacorel día del Corpus, asiste a la fiesta de San Isidro Labrador el día de Pentecostés, de la Conmemoración de la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles... Estas fechas que a menudo encabezan los artículos refuerzan el carácter de peregrinación que marca a menudo las andanzas del autor en busca del alma sagrada del país.

Reveladoras son en este sentido las correspondencias que el autor establece entre las tierras de España y el Evangelio. Según Unamuno : « *En el campo no se deben leer libros en que se describa el campo mismo, libros de viajes o de paisajes. La mejor lectura en el campo es la de los evangelios de todas clases...*¹⁵⁰ ».

El Evangelio nutre la interpretación unamuniana del campo en el que el monte se transforma en el escenario inmortal del Sermón de la Montaña : « *aquel en que nos introduce el capítulo V del Evangelio, según San Mateo con estas sencillas pero excelsas palabras : « Y viendo a las turbas subiose al monte, y habiéndose sentado él, acercáronsele sus discípulos, y abriendo su boca les enseñaba diciendo : “ Bienaventurados los pobres de espíritu, etc.” »... subido al monte, sentado en él como en un tronco, y en su derredor, recostados en el suelo, al toque de la santa madre tierra, sus discípulos, abrió Jesús la boca para dejar fluir de ella, como un río que brota de una laguna montañosa inagotable, el manantial de su doctrina.*¹⁵¹ ». Unamuno, como es habitual, juega con las correspondencias entre elementos naturales y espirituales, humanizando por un lado el monte y la tierra para, por otro lado, valerse de metáforas naturales a la hora de describir las palabras de Jesús. Del mismo modo en el texto titulado : « *La eterna reconquista* », el autor alude a un pasaje del Evangelio para traducir la esencia espiritual del campo. Así la visión de una ovejas trashumantes le trae a la memoria el cuarto Evangelio según San Juan, cuando Cristo dijo : « *Yo soy la puerta de las ovejas.*¹⁵² ».

Y es que tanto el campo

¹⁵⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 82.

¹⁵¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 80-81.

¹⁵² En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 120.

como el Evangelio traen al hombre la paz del espíritu : « *Bizma el paisaje evangélico –y con sus ovejas- al ánimo, lacerado por las rozaduras y los desgarrones.* ¹⁵³ ».

La naturaleza entera se transforma en el templo de un culto desaparecido. De ahí esta reflexión del autor acerca de las cumbres de la sierra de Gredos que compara con los pilares de una iglesia naturalizada : « *Columnas, sí, pero truncas. ¿Qué sostienen ? ¿Acaso el cielo ? ¿O no son más bien lo que nos resta de un vasto templo que cobijó a un dios, hoy muerto, en algún tiempo ? ¿O no son torres babélicas de la Naturaleza, de cuando ésta quiso escalar el cielo ?* ¹⁵⁴ ». En esta proto-iglesia la tierra entera comulga con el cielo, « *Y la vista de que se goza desde el calvario de Pollensa, estupendo mirador- o « miranda », como por allí se dice- es una hostia de comunión con la Naturaleza.* ¹⁵⁵ ».

Esta sacralización de la tierra española se manifiesta también mediante la comparación de los elementos naturales con figuras relevantes de la tradición cristiana.

Es lo que ocurre en : « *El silencio de la cima* », cuando la visión de las cumbres desnudas de la sierra de Gredos desencadena la comparación del monte con un mártir cristiano : « *Y el silencio casaba con la majestad de la montaña, una montaña desnuda, un levantamiento de las desnudas entrañas de la tierra, despojadas de su verdor, que dejaron al pie como se deja un vestido, para alzarse hacia el sol desnudo. La verdura al pie, en el llano, como la vestidura de que se despoja un mártir para mejor gozar de su martirio.* ¹⁵⁶ ». Son muy sugestivas aquí las declinaciones lexicales del abandono y de la resignación que consiguen dotar al paisaje de sentimiento y de un verdadero espíritu de sacrificio.

La figura del penitente es una metáfora religiosa muy frecuente en la evocación de la España espiritual. Así al asistir a la procesión del Jueves Santo en Medina de Rioseco, Unamuno establece una correspondencia muy sugestiva entre el paso de la Dolorosa y el destino dramático de la nación : « *Y pasaba el paso de la Dolorosa, de Nuestra Señora de los Dolores, de la Soledad - dolorosa soledad y dolor solitario – de Juan de Juni. Una de estas castizas Dolorosas españolas, símbolo acaso de España misma, con el corazón atravesado por siete espadas. ¿Serán nuestros siete ríos mayores ?* ¹⁵⁷ ». Mediante el políptotón, el autor concentra la atención sobre la dimensión trágica del país, marcada por la fatalidad, el dolor y la soledad.

¹⁵³ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 120.

¹⁵⁴ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 169.

¹⁵⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 223.

¹⁵⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 67-68.

¹⁵⁷ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 103.

En la isla de Mallorca son las rocas las que aspiran a tener vida espiritual como : « *Aquellos acantilados que cuelgan sobre el mar y que parecen carnes desolladas al vivo, desgarradas por el cilicio y las disciplinas, hacen la sabrosa penitencia de buscar a Dios. Hanse desollado así para que el sol les penetre en las entrañas. Y esas entrañas rocosas de la roqueta de Mallorca están llenas de ventrículos, de recónditas celdas donde el agua sueña y forja también cuerpos que aspiran a la conciencia.* ¹⁵⁸ ».

Del mismo modo, el árbol, eje tradicional entre mundo terrenal y celestial, es a menudo humanizado por el autor y comparado con un penitente solitario. Es a menudo asociado con la imagen del ermitaño, aislado en su comunión con el más allá : « *Un sólo árbol mirándose en una charca en medio de un solemne desierto es algo de lo más grande con que se puede encontrar un hombre que lo sea de veras por dentro. Lo que no le diga aquél ermitaño de leño florido no le dirá ninguno de carne y hueso.* ¹⁵⁹ ».

Es el caso también del álamo, solitario, humilde y escualido como un anacoreta. Para el autor : « *es el pobre álamo de las orillas un árbol que parece encarnar en el paisaje el espíritu de aquellos primitivos que pintaron la gloria con los matices del alba ; es un árbol que tiene algo de dulce rígidez litúrgica.* ¹⁶⁰ ».

De la encina, otro árbol emblemático de las tierras de Castilla, nos dice que es grave, inmóvil y capaz de manifestar una fuerza moral inquebrantable como lo revelan las líneas siguientes : « *El follaje de estas pardas encinas de Castilla, de estos árboles solemnes que brotan de la roca misma, de las entrañas de la tierra, es inmóvil al viento, es apretado y denso y es perenne. No cae en invierno como cae el follaje más blando y más movedizo de los robles. La encina parece un árbol férreo, ni el vendaval la dobla o la sacude, como hace estremecer al chopo la más ligera brisa.* ¹⁶¹ ».

La figura del árbol-ermitaño vuelve a aparecer en la descripción de los olivos de Valldemosa, en la isla de Mallorca. La forma retorcida de los troncos, su corteza arrugada conducen naturalmente al autor a comparar los olivos con venerables ancianos: « *Estos olivos han vivido, y como todo lo que ha vivido y no sólo ha vegetado, tienen su historia. Y como todo lo que ha vivido y tiene historia son yos, son personas, cada una de ellas con su fisonomía, con su carácter, con su alma. Ancianos ermitaños, cobran esos olivos toda su alma como los hombres la cobran, cuando las arrugas les surcan la frente, cuando las mejillas se las retuercen, cuando las barbas les blanquean, cuando tiene cada uno sus pliegues.* ¹⁶² ». Personificación y espiritualización andan cogidos de la mano cuando el autor al evocar aquellos « *viejos olivos cenobitas, cartujanos* » de

¹⁵⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 242.

¹⁵⁹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 299.

¹⁶⁰ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 8.

¹⁶¹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 75.

¹⁶² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 243.

Mallorca, nos dice que : « *como aquellos ermitaños envejecidos en buscar a Dios, no les queda más que los huesos, la piel y la cabellera.* ¹⁶³ ».

La visión panteísta de Unamuno se manifiesta por fin en la evocación de ciertos animales como es el caso de la cigüeña en la descripción siguiente : « *Desde sus nidos en las torres y espadañas de las casas de oración, nos avizoran, indiferentes, las cigüeñas estilitas – no estilistas -, sansimeónicas.* ¹⁶⁴ ». El autor se vale aquí de la paronomasia para ahondar en la dimensión mística del ave emblemático de los campanarios castellanos, comparándolo con Simón el Estilito, el santo asceta de los desiertos de Siria.

En Buenavista, en el valle de la Valdivia, un vecino al enseñarle los cirios funerarios que fabrica con la cera de sus colmenas, provoca un serie de reflexiones acerca del papel trascendental de las abejas : « *Las abejas les dan miel con que adulcigarse las bocas para el rezo, y cera, con cuya lumbre apaciguarase las ánimas de sus muertos.* ¹⁶⁵ ».

La misma dimensión religiosa aparece en la descripción de las cigarras de Valldemosa que : « *narran la gloria del Señor. Las cigarras chirrían estremecidas en la ermita de Mallorca, diciendo : Gratias agimus tibi, Domine, propter magnam gloriam tuam.* ¹⁶⁶ ». La cigarra, insecto litúrgico, canta aquí las palabras del Gloria, asumiendo su papel de intérprete del alma espiritual de la naturaleza. No ha de extrañarnos entonces que Blanquerna, el personaje de la novela ascética de Ramón Llull : « *Aquel hombre de alma encendida, loco de Dios según él mismo se llamaba* », sea comparado con una : « *cigarra espiritual ebria del sol de las almas* ¹⁶⁷ ». Sin que Unamuno convoque abiertamente a la figura de Francisco de Asís, la sombra del santo se proyecta aquí sobre una naturaleza constantemente humanizada y espiritualizada por el autor.

¹⁶³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 244.

¹⁶⁴ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 121.

¹⁶⁵ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 121.

¹⁶⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 242.

¹⁶⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 237.

3.2. El lenguaje de la esencia

Como acabamos de verlo la metáfora se encuentra en el corazón mismo de la representación literaria de la esencia de España, sirviendo de puente lingüístico entre el cielo y la tierra. Esta poética de la esencia se apoya en una constante reelaboración del lenguaje al servicio de una representación renovada de la realidad nacional. La mayor parte de los recursos retóricos empleados por el autor favorecen la concentración del lenguaje alrededor de la dimensión mística de la realidad española.

3.2.1. *La expresión de la trascendencia*

Es el caso por ejemplo de la paradoja, muy utilizado en la literatura ascético-mística. Veáse a este propósito la reflexión siguiente acerca de la realidad de la vida humana: « *Todo esto es sueño, ¡conforme! Pero este sueño de piedra, a la luz cernida por la helada, nos dice que el sueño es lo que queda, lo duradero, lo permanente, lo sustancial...*¹⁶⁸ ». El carácter antitético de la permanencia del sueño es además aquí reforzada por el oximorón « sueño de piedra » que ilustra de manera particularmente sugestiva la afirmación, frecuente en Unamuno, del sueño como piedra sillar de la realidad.

Por otra parte, el autor acumula las construcciones paradójicas para expresar su visión compleja del mundo en el que todo se vuelve trascendental. Así a la hora de describir la función del arte Unamuno escribe lo siguiente : « *Decir lo que se ve y decirlo de manera que se vea oyéndolo ; ver lo que se oye : he aquí todo el secreto del Arte. El Arte hace ver a los ciegos – y lo son muchos que espejan con los ojos lo que tienen delante -, y les hace ver con la palabra ; el Arte hace oír a los sordos – y lo son muchos que resuenan con los oídos lo que les suena en su derredor -, y les hace oír con la visión reproducida. Un poema da vista al ciego ; un cuadro da oído al sordo.*¹⁶⁹ ». La inversión paradójica de los sentidos ilustra en este caso la concepción del autor acerca del papel fundamental del arte, que mediante la fusión de los sentidos permite el acceso a una dimensión que se encuentra más allá de las apariencias. Lo mismo podemos decir de la afirmación siguiente : « *Cierro los ojos*

¹⁶⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 249.

¹⁶⁹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 251.

para ver.¹⁷⁰ », que sintetiza de manera particularmente contundente el papel fundamental que el recuerdo desempeña en la reelaboración unamuniana de la realidad española.

Así, cuando el autor afirma en otro sitio que : « también la ciudad es Naturaleza » o que : « toda esta meseta de Castilla es una cima », nos da a entender, mediante la construcción antitética, la realidad profunda del alma del país donde se funde lo material con lo espiritual.

La paradoja se encuentra por fin a la raíz de su elaboración de una filosofía nacional : « *yo creo que nuestro realismo, lo que yo llamaría, con una expresión que a muchos parecería paradójica, nuestro espiritualismo materialista, esto de tomar el espíritu a lo material, no ha encontrado aún quien los sistematice.*¹⁷¹ ».

3.2.2. *Juego de palabras y palabras en juego*

No pocas veces Unamuno juega en sus escritos con las palabras, repitiéndolas, transformándolas o renovándolas. Va modelando la materia léxica hasta dar con la máxima efectividad, como es el caso con los juegos paronomásticos que le permiten al autor conseguir más expresividad

Es lo que ocurre por ejemplo a la hora de establecer un íntima relación entre la niebla que cubre el campo y las zonas oscuras del alma humana : « *Esta baja niebla, que retiene y y arrastra sobre los plantíos los gérmenes del añublado. A la cumbre, donde no llegan las nieblas, tampoco llega el añublado del espíritu. Se añubla el alma, como el trigo, bajo la niebla que forma el vaho de nuestras mismas concupiscencias.*¹⁷² ».

En otro sitio, sobre el carácter inmortal y trascendental del pensamiento, Unamuno escribe que : « *Todo es el universo, y más que todo el pensamiento. Porque el pensamiento sobrepuja a todo lo pensado y a todo lo pensable, y rebasa de ellos.*¹⁷³ ».

 La paronomasia inmortaliza aquí el pensamiento y lo fija en la eternidad.

El autor se vale por otro lado de la repetición para intensificar el clima evocativo del lenguaje : « *Este sueño de piedra entra en el alma y cae en ella, dentro de ella, más dentro de ella : en el alma del alma, en lo que está más dentro del alma misma, y arrastra a ésta, a nuestra alma, al cimiento de las almas todas, como las olas, pasajeras, al mar de las almas.*¹⁷⁴ ».

 La repetición de la palabra *alma*, como elemento clave del paisaje

¹⁷⁰ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 88.

¹⁷¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 144-145.

¹⁷² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 169.

¹⁷³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 247.

¹⁷⁴ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 250.

meditativo, ilustra la búsqueda obsesiva de la esencia a la que el autor se entrega incansablemente a lo largo de sus relatos de viajes.

Para describir los mecanismos secretos del alma, el autor se ve también obligado a utilizar neologismos susceptibles de decir lo indecible o de expresar conceptos nuevamente concebidos. Uno de sus inventos lexicales más conocidos es sin lugar a duda el de « *intrahistoria* » creado a partir de raíces greco-latinas, y que le permite darnos a ver la parte oculta de la historia, la que se esconde debajo de la superficie cambiante de los hechos.

Del mismo modo, a partir de los términos : *páis* y *paisaje*, el autor crea el neologismo « *paisanaje* » para poder describir la modalidad humana del paisaje difícilmente asequible mediante la terminología tradicional : « *a este paisaje le llena y da sentido y sentimiento humano un paisanaje.*¹⁷⁵ ».

Otras veces el empleo de neologismos obedece a la mera ley de intensificación del discurso como en el caso de « *ramplonizar*¹⁷⁶ » y « *ramplonización*¹⁷⁷ », que le permiten al autor hacer aún más cruel su denuncia de la vulgaridad de las masas urbanas. Ocurre también que el neologismo nazca de la proximidad fonética o semántica con otra palabra. Véase por ejemplo el verbo « *adulcigarse*¹⁷⁸ » creado bajo la influencia de « *apaciguarse* », ambos presentes en la misma frase, el primero aplicado a la miel y el segundo a la suave lumbre de los cirios. Así el neologismo le permite al discurso ganar en poder evocador y en precisión a la hora de decir lo indecible.

Como lo estamos viendo la traducción lingüística de la esencia de España desemboca a menudo en una regeneración del lenguaje, que a su vez remite implícitamente al anhelado renacimiento de la patria.

Ahora bien y como lo vamos a ver ahora, la búsqueda de la esencia espiritual de España pasa también por la exploración introspectiva del alma del propio autor. La redefinición de la realidad del país encuentra así un eco oculto en la inmersión de Unamuno en su ser profundo. Por lo tanto, las perigrinaciones de Unamuno por las tierras de España lo llevan a menudo a encontrarse a sí mismo, a descubrir una verdad oculta que el contacto con la naturaleza le ayuda a precisar en términos de relación fusional con la patria.

¹⁷⁵ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 182.

¹⁷⁶ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 195.

¹⁷⁷ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 196.

¹⁷⁸ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 121.

4. En busca de la esencia de Unamuno

En los textos que Unamuno dedica a sus perigrinaciones por tierras de España, a duras penas se puede distinguir entre la esencia del país y el alma misma del autor. Se produce en efecto una verdadera ósmosis entre el paisaje observado y él que lo observa. Es, por ejemplo lo que conduce Unamuno a considerar que Fuerteventura es nada menos que un pedazo de su alma eterna. Todo lo que observa el autor resulta ser en realidad la proyección de una conciencia que espiritualiza constantemente el paisaje transformando la tierra en : « *la madre de la carne de nuestro espíritu* ¹⁷⁹ ». Al revés, ocurre también que el alma del autor consiga « *empedrar* » en el monumento observado. Sin embargo, en ambos casos se manifiesta la preocupación de Unamuno por el tema de la inmortalidad, inmortalidad de la esencia de España en la que el autor proyecta su obsesión por la propia mortalidad.

Estas preocupaciones por lo duradero y lo efímero aparecen claramente en la tentación de la inmovilidad mística, de un quietismo que linda con el deseo de inmortalidad del propio autor. Pero es a través de la confrontación dialéctica con la realidad del país donde mejor expresa Unamuno sus interrogaciones sobre el propio destino.

4.1. El viaje interior

Las preguntas existenciales han de ser primero formuladas en el silencio de la cima donde el autor puede por fin : « *Recogerse una temporada, sí, y callar, callar, envolviéndose como en mortaja de resurrección en el silencio pero no por mezquinos móviles de defensa y de ataque, no, sino en busca de alguno de nuestros yos, de alguno de aquellos que he ido dejando en las encrucijadas del camino de la vida... Allí, en la cima, envuelto en el silencio, soñaba en todos los que, habiendo podido ser, no he sido para poder ser el que soy...*

¹⁸⁰ ».

Así el encuentro con la esencia de España no puede realizarse desde un perspectiva meramente exterior, es en efecto necesario el viaje interior para establecer las condiciones de una íntima comunión con la naturaleza profunda del país : « *¿Distracciones ? ¿Diversiones ? ¡No, a Dios gracias, no ! Ni dis-tracción, ni di-versión,*

¹⁷⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 192.

¹⁸⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 69.

*sino más bien in-tracción e in-versión. Al perderse así en aquel ámbito de aire hay que meterse en sí mismo.*¹⁸¹».

La descomposición de las palabras y el aislamiento del prefijo « in » con su valor introspectivo le permite al autor indicar claramente las huellas que uno ha de seguir en su camino de perfección hacia la verdad profunda del ser.

4.1.1. *Camino de perfección*

Como antes dijimos, la estancia en el campo ofrece las condiciones necesarias de un encuentro con lo invisible, o sea con la dimensión espiritual del paisaje y es que en : « *el campo se ahogan nuestras dos semillas ciudadanas o sociales más malignas, que son la de la vanidad y de la envidia. ¿Quién puede envidiar a otro cuando le adivina, a lo lejos, perdido en un repliegue de lontananza, visto desde la cima de una montaña ? ¿Quién se siente envanecido y pagado de sí a la orilla de la mar, frente a la inmensa sabana ondulante ? ¡Desdichado del hombre que no puede prescindir del ruido y del trajín de sus prójimos !, porque este tal no se ha encontrado a sí mismo, ni ha sabido siquiera buscarse, ni se ve reflejado en los demás.*

¹⁸² ».

Ya aludimos, en la introducción de nuestro estudio, al camino de perfección seguido por el autor en su relación mística con el país y que mediante una suerte de vía purgativa, le conduce a abandonar progresivamente lo que le ataba a las falsedades de la civilización.

En la Peña de Francia Unamuno parece, esta vez, alcanzar la iluminación, que bajo la forma de una súbita revelación, verdadera epifanía de los sentidos, le permite por fin sentir la esencia espiritual de la nación: « *Lo he sentido, lo he sentido así en la cima de la peña de francia, en el reino del silencio ; he sentido la inmovilidad en medio de las mudanzas, la eternidad debajo del tiempo, he tocado el fondo del mar de la vida.*

¹⁸³ ».

Siempre fue muy fuerte en Unamuno el deseo de unir su espíritu con el alma de España y de volver así a la materia primitiva de la creación, meta última de su viaje a la semilla. Es el mismo deseo que anima al autor durante su estancia en un castaño de la Gran Canaria: « *allí, en aquel castaño de Osorio, me tendí a la caída de una tarde hasta ver acostarse las colinas en la serenidad del anochecer. Es algo siempre nuevo, algo que siempre parece llevarnos a la fuente de la vida, algo que nos invita dulcemente a confundirnos con la madre*

¹⁸¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 166.

¹⁸² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 80.

¹⁸³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 73.

*tierra.*¹⁸⁴». Es reveladora aquí el empleo clásico de la imagen de la tierra como figura maternal, expresando de cierto modo el deseo secreto del autor de volver a los orígenes mismos de su propia vida para quizás encontrar por fin la fuente de la inmortalidad.

Así el alma del autor parece fundirse con el alma del país en una vía unitiva que constituye la última etapa del camino místico seguido por el autor como lo sugieren las líneas siguientes : « *Allí, a solas con la montaña, volvía mi vista espiritual de las cumbres de aquélla a las cumbres de mi alma, y de las llanuras que a nuestros pies se tendían a las llanuras de mi espíritu.*¹⁸⁵ ».

4.1.2. *La tentación anacoreta*

Cabe señalar por otro lado que la tranquilidad de una vida retirada fue una constante tentación para el autor, harto del duro e interminable bregar de la vida pública.

Este deseo coincide primero con las virtudes del aislamiento insular y se expresa a raíz del encuentro con un catalán que hace treinta años decidió retirarse en el pueblo canario de Artenara : « *¡Treinta años en aquel destierro ! Hace unos diez salió una temporada, yéndose con su hija a recorrer España, Francia e Italia, a restregarse el espíritu con la obra de la civilización europea, y volvió allá, a su retiro de Artenara, al rincón que con su trabajo ha reconquistado. ¡Toda una vida ! Y a todo el que por aquellas abruptas soledades pasa le atiende y le agasaja D. Segismundo, que así se llama, como el héroe de la vida es sueño. ¡Y qué sueño el de la vida sobre aquel abismo pétreo !*¹⁸⁶ ». En los Tilos, en la misma isla de la Gran Canaria, el autor conoce luego a un hombre apodado « *el masón* » y que : « *vive allí en su nativa cueva..., solo, sin tratarse con nadie, envuelto en sus recuerdos, protegiendo acaso su soñarrera, ... No se trata con nadie, evita el comercio humano, atiende y festeja a quien acierta a visitarle en su retiro ; pero, si luego le encuentra, ni aun lo saluda.*¹⁸⁷ ». Envidia parecen darle a nuestro autor aquellos modernos ermitaños que al contrario de Unamuno consiguieron realizar su ideal de soledad y sosiego.

El mismo sueño le ata a las islas Baleares y en particular a la de Mallorca que : « *se alza como un retiro en medio del mar latino.*¹⁸⁸ ». Durante su visita a las cuevas del Drach, el autor se interroga sobre su propia

¹⁸⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 217.

¹⁸⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 68.

¹⁸⁶ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 221.

¹⁸⁷ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 222.

¹⁸⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 205.

capacidad de vivir en el aislamiento más absoluto : « *¡Si me hubiese sido posible quedarme allí solo, a oscuras, en absolutas tinieblas, en el infinito silencio, en el bote flotante que habría quedado, a falta de viento y de corriente, inmóvil!* ¹⁸⁹ », y un poco más lejos en el mismo texto : « *¿Podría vivir mucho tiempo en este apacible, respetuoso, y no demasiado curioso pueblo mallorquín ? Si un día la batalla de la vida me rinde, si mi coraje flaquea, si siento en el corazón del alma la vejez, me acordaré, estoy de ello seguro, de este pueblo tranquilo y feliz ; me acordaré de su luz espléndida y también de su lago subterráneo de aguas tenebrosas y quietas...* ¹⁹⁰ ».

De la ermita del Teix y de sus cinco ermitaños nos dice Unamuno, precisando aún más su aspiración por una vida ascética en perfecta armonía con la naturaleza, que : « *son gente sencillísima, payeses o campesinos los más, que se retiran a orar y a vivir una vida de extrema pobreza, pero en medio de una naturaleza espléndida que por sí sola enriquece. Allí, en la Trinidad de Valldemosa, se puede muy bien vivir con unas sopas escaldadas y aceitunas, pues el aire cernido por la fronda y la visión del mar que allí tapiza el cielo, basta para alimentar no ya sólo el espíritu, sino también el cuerpo.* ¹⁹¹ ».

Sin embargo es en el artículo titulado « *Recuerdo de la Granja de Moreruela* » donde mejor expresa Unamuno su afición por la vida monástica : « *¡Qué bien en una celda como las que en un tiempo formaron la colmena mística de la Granja de Moreruela, meditando o fantaseando estos consuelos de esperanza allá, en aquel siglo XIII, oliente a San Francisco !* ¹⁹² ».

Para Unamuno el anacoretismo coincide con la capacidad creadora y el autor sueña con transformarse en “la cigarra de Dios”, siguiendo el ejemplo de Raimundo Lull: « *¡Soñar así, lentamente, a la hora de la siesta, descansando la mirada en las charcas floridas ! Y escribir un libro muy largo, muy largo. Un poema, y si no una historia....* ¹⁹³ ».

El autor comparte aquí las preocupaciones de los quietistas en su amor por la vida meditativa y la introspección, condiciones fundamentales del encuentro con Dios : « *Sí, Dios es mi yo infinito y eterno, y en Él y por Él soy, vivo y me muero. Mejor que buscarse a sí es buscar a Dios en sí mismo. Y cuando andamos dentro nuestro a la busca de Dios, ¿no es acaso que nos anda Dios buscando ? Pues que le buscas, alma, es que Él te busca y le encontraste.* ¹⁹⁴ ». Así el contacto con la realidad exterior conlleva, en el caso de nuestro autor, una exploración del mundo interior en busca de una esencia inmortal común a ambas realidades.

¹⁸⁹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 211.

¹⁹⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 213

¹⁹¹ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 236.

¹⁹² En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 57.

¹⁹³ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 54-55.

¹⁹⁴ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 56.

4.1.3. *El paraíso perdido de la infancia*

Según el autor existe una evidente correlación entre el paisaje de la infancia y la construcción del individuo, por eso : « *Aquellos paisajes que fueron la primera leche de nuestra alma, aquellas montañas, valles y llanuras en que se amamantó nuestro espíritu cuando aún no hablaba, todo eso nos acompaña hasta la muerte y forma como el meollo, el tuétano del alma misma. Porque ésta tiene su esqueleto, excepto en aquellos desgraciados que la tienen mucilaginosa, invertebrada, a modo de pulpo o de esponja o de limaco. Pero para quien tiene alma vertebrada, con huesos que la mantengan en pie y mirando al cielo, esos huesos se nutren de un tuétano que está hecho con las serenas y nobles visiones de la niñez lejana.*¹⁹⁵ ». La visión de la tierra como madre nutricia no deja de ser un tópico, sin embargo en el caso de Unamuno puede ser asociada a un sueño de regeneración como lo sugieren las líneas siguientes escritas a raíz de un viaje entre Oñate y Aitzgorri y en las que el autor sueña con ser la reencarnación o el depositario rejuvenecido de la vitalidad y de la energía del pueblo vasco: « *¿Quién sabe si dentro de este rector universitario enjaulado en Salamanca, si dentro de este hosco predicador, no se revuelve prisioner el libre zorro cazador ? Lo que ellos, mis nobles antepasados, hacían con la honda y el fusil, ¿no lo hago yo con mi pluma ?...; Que me echen, que me echen encima las huestes de Carlomagno o las de Napoleón ! También tengo yo mi fragoso Altobiscar, mi Aitzgorri pedregoso, mis crestas de águilas, mis madrigueras de zorros.*¹⁹⁶ ». Muy revelador es, respecto a este deseo de volver a la matriz, lo que el autor nos dice del mar, que, semejante a un anciano, : « *ansía volver a ser río, río humilde, río recogido ; acaso sueña con su infancia... Y es todo ello una sed – el mar tiene sed -, sed de agua dulce de los ríos que bajan de las cimas...*¹⁹⁷ ». ¿No será esta evocación del eterno retorno la representación metafórica del anhelo unamuniano de inmortalidad ?

Durante esta misma excursión por los montes de Guipúzcoa, Unamuno vuelve a reanudar su relación con las tierras queridas del País Vasco que : « *atraen y retienen como un nido.*¹⁹⁸ ». La vuelta a los valles y montañas, que ya fueron explorados en la juventud del autor, se expresa en clave de reencuentro con unos amigos perdidos de vista muchos años atrás : « *Por fin, en lo alto, en la cresta, en el balconcillo de la ermita de la Cruz, dando vista de águila a los valles de Guipúzcoa de un lado, a la llanada Álava y a las cimas de Navarra*

¹⁹⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 77-78.

¹⁹⁶ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 182.

¹⁹⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 119.

¹⁹⁸ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 252.

y la Rioja, por el otro. Allá, a lo lejos, sobre los lagos de nieblas, otras crestas a que otras veces hemos subido. Íbamos reconociendo nuestros viejos conocidos, los gigantes de la tierra vasca : Gorbea, Oiz, Ganecogorta, Izarraitz y otros.¹⁹⁹».

El recuerdo de la infancia se transforma en evocación nostálgica de un paraíso definitivamente perdido : « *Cómo recuerdo los días de mi fugitiva infancia, en que, subido con otros amigos sobre un banco, a la orilla de la ría, cuando entraba en ésta aquel vapor de ruedas prorrumpíamos a coro a canturrear su nombre, exclamando : « ¡El pri-me-ro d'España ! ¡El pri-me-ro d'España ! ¡El pri-me-ro d'España ! ». Que así, El primero de España, se llamaba aquel vapor. ¡Oh felices días ! ¿Dónde volveremos a encontrarnos sino en el nativo campo ?²⁰⁰*».

Poco a poco la evocación de los paisajes de la infancia se tiñe de suave melancolía al recordar los días felices del infancia. La descripción de la vuelta del autor a Bilbao se llena de lirismo como lo comprobamos en las líneas siguientes : « *Volvimos por mi maternal valle Arratia, de cuya verdura viene buena parte de la sangre que circula por mis venas. ¡Oh, benditas correrías por estos valles y montañas, donde se hicieron los huesos de nuestros padres ! ¡Santa comunión con esta tierra, que es la madre de la carne de nuestro espíritu !²⁰¹*».

La melancolía impregna también las páginas que Unamuno dedica a la evocación de un Bilbao para siempre desaparecido : « *¡Oh, aquel Bilbao de 1874, cuando eran estradas festoneadas de zarzales, con sus rosas silvestres, las que hoy son calles en el ensanche ! ¡Aquel Bilbao de la plaza de la República de Abando, de la plaza de Albia, adonde solía ir los domingos a presenciar los coros de baile aldeano aquel Antón, el de los cantares, que hoy, en imagen de bronce, medita en el lugar en que fue la plaza !²⁰²*». Aquí Unamuno intenta resucitar al Bilbao liberal de la tercera guerra carlista por el que siempre sintió intenso cariño y al que opone el Bilbao actual que ya no reconoce. Van desapareciendo las casas solariegas, símbolos de la ciudad que fue el escenario de la niñez del autor, devoradas por la urbanización y una industrialización cada vez más corrosiva : « *¡Pobre caserón, reumático y achacoso, cargado de años, con costra de sedimenta y pátina de aluvión de sombras ! Más aún le queda por apurar el última achaque, y es que un día se vea envuelto en polvillo rojo y convertido en taberna de mineros. ¡Caerán las hojas de las robustas hayas de Buya, infestadas por el férreo sarro ? Si ha de ser, sea ; pero ¡ay, mi Buya ! ¡Ay, hermosa herencia de los tupidos bosques que fraguaron a nuestra raza ! ¡Ay, mi bochito, si pierdes ese custodio !²⁰³*».

¹⁹⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, págs. 178-179.

²⁰⁰ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 83.

²⁰¹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, págs. 192.

²⁰² En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 47.

²⁰³ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 153.

Se está derrumbando el escenario idealizado de la infancia de Unamuno y el dolor experimentado por el autor es tanto más sensible que los definitivos cambios que está sufriendo el nido materno reflejan el envejecimiento del propio autor. Así al presenciar la procesión de Semana Santa en Bilbao, se exclama dolorido : « *Pero la procesión, ¡ay ! La procesión ésta, ya no es aquella desde que yo no soy aquél.* ²⁰⁴ ».

4.2. Juegos dialécticos

La relación entre el autor y la realidad española se expresa a menudo bajo la forma de un debate dialéctico que gira alrededor de sus angustias ontológicas. Así, la escenificación de una España inmortal refleja y despierta la propia obsesión del autor por lo duradero y lo efímero. Esta preocupación se manifiesta a menudo bajo la forma de interrogaciones angustiadas que no siempre reciben respuestas. Sin embargo es en la evocación de una España en ruinas donde Unamuno expresa con más claridad aún su miedo a la propia muerte.

4.2.1. *El diálogo con la naturaleza*

Primero, existe entre el autor y el mundo que lo rodea una relación vital, casi orgánica, como lo podemos comprobar en las siguientes líneas : « *Es que nuestras ideas mejores y más propias ideas, molla de nuestro espíritu, nos vienen, como de fruta alimenticia, de la visión del mundo que tenemos delante, aunque luego, con los jugos de la lógica, la transformemos en quimo ideal, del que sacamos el quilo que nos sustenta.* ²⁰⁵ » . Así la vida intelectual del autor depende de un proceso digestivo alimentado por la observación de la realidad exterior.

Por otro lado la comunión con la esencia del país se apoya en el diálogo con los elementos de una naturaleza constantemente humanizada, como aquí es el caso con los árboles del convento salmantino que Unamuno observa desde la ventana de su casa: « *A las veces me figuro que el árbol me mira y que tiene una clara, dulce y ancha mirada con sus mil ojos verdes, que se abren a mamar la lumbre del sol, y que me adiestra, no más que mirándome, en la lección de la paciencia.* ²⁰⁶ » . De modo que la observación de la naturaleza fertiliza el

²⁰⁴ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004, pág. 109.

²⁰⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 193.

²⁰⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 190.

pensamiento del autor que, a su vez, produce sus propias frutas : « *Así, esos negrillos que aquí, a mi frente, se están cubriendo de verdor, me sirven como de devanadera de errabundas cavilaciones. En ellos voy poniendo mis pensamientos que se prenden de sus ramas.*²⁰⁷ ». Se establece pues un juego de espejos entre la vida interior del autor y la observación del mundo exterior, y es lo que le permite a Unamuno expresar los mecanismos misteriosos de la creación y de la vida : « *me place asentar mi mente en la ramada de ese árbol y percatar la tierra en entrañas negras y silenciosas, la tierra de donde saca su jugo el verdor de la copa del negrillo.*²⁰⁸ ». El árbol, espejo de la vida y del pensamiento dinámico del autor se transforma aquí en el médium privilegiado de la comprensión de sus propios ritmos vitales.

Sin embargo la comunicación con la naturaleza se transforma a veces en un verdadero diálogo de sordos en el que el autor no obtiene siempre respuestas. Así, en los textos que Unamuno dedica a la exploración de la esencia de España aparecen a menudo las huellas de una profunda inquietud metafísica que gira alrededor de la propia desaparición. En este caso el contacto con la esencia eterna del país desencadena en Unamuno una angustiada meditación sobre la muerte.

Así la contemplación del mar canario provoca la reflexión siguiente, donde el autor manifiesta el deseo de compartir con el océano la esencia de la inmortalidad : « *Y pensaba qué dulce sería reposar por siempre en su seno tranquilo y silencioso – silencioso y tranquilo mientras su sobrehaz ruge y se agita -, reposar aquí mientras sus olas cantan nueva vida.*²⁰⁹ ». Frente a una muerte que siente逼近arse cada vez más, Unamuno manifiesta el deseo de unir su alma con el alma eterna del país y : « *;Ser enterrado en lo alto de Gredos ! ; O en medio del páramo ! ! O de la mar ! ; Sierra de Ávila ! ; Páramo de Palencia ! ; Mar de Fuerteventura ! ; Aguas apaciguadoras del Tormes y del Carrión !*²¹⁰ ». En todo caso se trata para el autor de huir de lo efímero para reposar en lo duradero, escapar de la historia para entrar en las aguas eternas de la intrahistoria.

De ahí también las interrogaciones angustiadas que el autor formula acerca de la inmortalidad del espíritu : « *;visión eterna la de Gredos !... ;la llevaré conmigo bajo tierra cuando me arrope para el sueño final en ella ?*²¹¹ ». La preocupación metafísica del autor se une de nuevo a la voz de Jorge Manrique para expresar

²⁰⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 192.

²⁰⁸ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 190.

²⁰⁹ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, págs. 228-229.

²¹⁰ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 88.

²¹¹ En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 85.

mejor su profundo desasiosego ontológico : « *¿Y adónde irán a dar, a « se acabar y consumir » estas visiones ? ¿Me las llevaré a Dios conmigo ?* ²¹² ».

4.2.2. *Ruinas del alma*

Para el autor nada mejor que la contemplación de las ruinas para alimentar la meditación sobre la muerte. La reflexión de Unamuno sobre el destino humano se nutre primero de la visión del inexorable deterioro de los grandes símbolos de la gloriosa historia de España, como es aquí el caso con el monasterio de Yuste : « *Nunca debió de ser, como ya os dije, muy rico el monasterio en que fue a morir Carlos V ; pero hoy, desmantelado y empobrecido, ofrece pobrísimo aspecto... ; Melancólico espectáculo el del claustro del monasterio, hoy en ruinas ! Las desnudas piedras se calientan al sol ; yacen por el suelo, entre maleza y hierbajos, los sillares que abrigaron las siestas y las meditaciones de los jerónimos ; columnas truncadas se proyectan sobre la verdura del monte y el azul del cielo, y piensa uno, modificando la sentencia del clásico, que hasta las ruinas perecerán, etiam ruinae peribunt.* ²¹³ ».

Coincidendo con el Eclesiastés, Unamuno afirma la futilidad de los bienes y de las glorias, la caducidad de todo lo humano frente a la terrible realidad de la muerte. Su desesperación estalla a la hora de considerar las obras de los hombres en su totalidad: « *Una vez más la vanidad de la gloria, esa vanidad que estamos proclamando de continuo los que en lucha tras de la gloria vivimos. Y si la gloria es vanidad, ¿qué otra cosa no lo es también ? ¿No es vanidad acaso la modestia y oscuridad de la vida ? ¿No es la humildad tan vana como la soberbia ? ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad !, que dijo el predicador.* ²¹⁴ ».

Por otra parte, durante su visita a la ciudad castellana de Aguilar de Campoo, Unamuno expresa su profundo pesimismo respecto al porvenir de una patria con la que se siente íntimamente indentificado : « *Y así en Aguilar del Campoo, inocentemente, a ver nada más. A ver, a vivir ; a morir, a revivir y también a remorir. A apecentar nuestras desesperadas esperanzas entre ruinas. Por dondequiera escudos heráldicos, muchos en ruinas, de casas y ruinas de nobleza... Las ruinas del castillo de Aguilar, entre ruinas de montes. Y no se distinguen las unas de las otras... ; Las ruinas de Santa María la Real, convento que fue de premostratenses ! ¡Ruinas ! Ruinas en que anidan gorriones y gorriones, piando alegría de vivir fuera de la historia, y allí cerca*

²¹² En Miguel de Unamuno, *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006, pág. 119.

²¹³ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, págs. 137-138.

²¹⁴ En Miguel de Unamuno, *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006, pág. 162.

*discurre sobre verdura el agua clara que baja de los riscos calizos. Y las ruinas siguen arruinándose... Y luego ruinas de cementerio, ruinas de tumba.*²¹⁵».

A pesar de todo, frente a la representación desesperante de una Castilla en escombros, el autor contrapone, en el mismo artículo, su fe en la vitalidad de la intrahistoria, símbolo de una posible regeneración del país : « *¿Quedan entre estas ruinas hombres ? ¿Queda en los arruinados hombres hombría ? Y pensábamos en esa simbólica sandía, fruto de secano, que saca dulce jugo, frescor de agua entrañada, de la reseca roca. Hay agua en el fondo, en el cogollo del corazón rocoso. Hasta una ruina puede ser una esperanza.*

²¹⁶».

Es finalmente mediante la confrontación dialéctica con la realidad profunda del país, en su dimensión más intrahistórica, como consigue Unamuno afirmar la inmortalidad del propio espíritu. Es lo que en efecto ocurre cuando al evocar la torre de Monterrey, el autor exclama : « *mi torre, la que llevo en el cristal de la mente como una visión que, espejada de un lago, al cristalizarse éste, quedase por encantada magia en él para siempre... Y esta mi torre de Monterrey me habla de nuestro Renacimiento, del renacimiento español, de la españolidad eterna, hecha piedra de visión, y me dice que me diga español y que afirme que si la vida es sueño, el sueño es lo único que queda... Cuando al salir por las mañanas la torre me dice : « ¡Aquí estoy ! », yo, mirándola, le digo : « ¡Aquí estoy !*

²¹⁷».

²¹⁵ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 284-285.

²¹⁶ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, pág. 286.

²¹⁷ En Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006, págs. 252-253.

Conclusión :

El día 31 de diciembre de 1936, entre las cuatro y media y las cinco de la tarde, muere don Miguel de Unamuno, doblando la cabeza : « *como un cristo agonizante y nadie supo que había muerto, devuelto a su madre original, convertido en el niño que siempre había sido...* ²¹⁸ ». Así describe Luciano González Egido la muerte del escritor salmantino en su admirable ensayo : « *Agonizar en Salamanca* ». Por fin puede descansar aquel infatigable bregador en el lago tranquilo de la eternidad, alcanzando una inmortalidad que buscó incansablemente todo a lo largo de la existencia. Así se concluye pues aquel viaje a la semilla que el autor emprendió desde joven por tierras de un país que convirtió en el escenario privilegiado de sus especulaciones y meditaciones sobre el ser de España, que tan a menudo se confundió con el propio ser del escritor.

Si nos referimos de nuevo a las palabras de González Egido la búsqueda de la esencia ocupó constantemente el espíritu de Unamuno. ¿Qué es España ? se preguntaba sin cesar el autor y ahora profundamente afectado por los desenfrenos de una guerra que él mismo llamaba « *incivil* », no encuentra respuesta posible y en efecto : « *Entre los muchos conceptos y creencias que la guerra civil le había obligado a poner en cuarentena, uno era el de España. Había estado cuarenta años escribiendo aquella palabra, incluso la había convertido en uno de los centros satélites de su pensamiento, alrededor del sentimiento de su Yo, y ahora cuando más lo necesitaba, no sabía lo que tenía dentro, no conocía su significado. Era una noción puramente geográfica, una acumulación de paisajes y de rostros, de olores y de metáforas, de experiencias y de sensaciones gratificantes y dolorosas. Pero su realidad espiritual, que era la única realidad que el apreciaba, se le hacía problemática, porque la guerra civil había acabado con todas sus seguridades y arrasado todos los datos sobre los que había creado lo que él creía la realidad espiritual de España.* ²¹⁹ ».

Sin embargo, más allá del fracaso intelectual al que alude el profesor Egido, nos queda por contestar a la pregunta inherente al título mismo de nuestro estudio : ¿encontró por fin la esencia de España el autor ?

Para poder dar una respuesta válida a esta interrogación nos parece primero necesario reafirmar la total identificación de Unamuno con un país que a su vez resulta ser una proyección de su ser profundo. Así su evocación de la geografía contrastada y dramática de España se transforma en reflejo de un alma atormentada por el conflicto dialéctico, donde los picos de la sierra de Gredos son las cumbres del alma del autor y los llanos de la meseta, las llanuras de su espíritu.

²¹⁸ En Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca*, Tusquets, 2006, pág. 289.

²¹⁹ En Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca*, Tusquets, 2006, pág. 273.

Del mismo modo reune las cualidades del proto-hombre español que el mismo autor intentó definir mediante la exaltación de una humanidad intrahistórica capaz de resistir sin ceder a las embestidas de los hechos. Supo también apreciar la profundidad espiritual, los valores de austeridad y estoicismo de las grandes figuras de la historia española a la par que le conmovió la sencillez de un arte románico en perfecta armonía con el paisaje físico y espiritual del país. No ha de extrañarnos por lo tanto que Unamuno se sienta tan próximo a la figura emblemática del genio español, Don Quijote, del que llegó a ser la encarnación moderna y al que dedicó una de sus obras más famosas²²⁰. Lo mismo ocurre con los místicos cuya intensa vida interior admira el autor y que le sirven de modelo a la hora de emprender su propio camino de perfección. Valiéndose de la metáfora, Unamuno consigue por fin hacer de la patria una prolongación de su propio ser como lo sugieren estas palabras del profesor Elías Díaz, citadas por González Egido : « *la simbiosis Unamuno-España va a llegar a configurarse como auténtica y total identificación, trasvase mutuo de los recíprocos problemas. Unamuno llegará a verse como una España en pequeño y su visión hará de Unamuno una España en grande ; el ser de ambos, por supuesto, coincidirá : contradictorio, agónico, en eterna e inacabable lucha consigo mismo.* »²²¹. Establecida la fusión definitiva de ambas esencias, la del país por un lado y la del autor por otro, podemos decir que Unamuno cumple con la premisa del título, si admitimos que los paisajes de los libros de viajes aquí estudiados no son más que la metaforización de la conciencia del autor. Así al buscar la esencia de España, Unamuno acaba por encontrarse a sí mismo y es que, citando a Max Aub : « *Don Miguel creyó siempre ser España.* »²²².

Conocidas son por otro lado, las correspondencias que unen los artículos de viajes y paisajes con las demás obras de Unamuno empezando por, quizás, el más conocido de sus ensayos : « *En torno al casticismo* » donde fijó el autor el concepto de intrahistoria, hizo de Castilla el núcleo de la nación y de Don Quijote el símbolo del alma española. Del mismo modo en : « *Del sentimiento trágico de la vida* », Unamuno prolonga su meditación sobre el ser y deja estallar, según palabras de Fernando Savater, *su narcisismo trascendental y la ansia de inmortalidad*²²³ tan presentes en sus artículos de viajes. Existe por lo tanto una total porosidad entre la obra viajera del autor y sus ensayos, cuya materia, a la manera de unos vasos comunicantes, constituye un puente dinámico entre ambas modalidades literarias.

²²⁰ Interesante es lo que a este propósito escribe Ricardo Gullón en su introducción a la : « *Vida de Don Quijote y Sancho* », donde evocando a Unamuno dice que: « *El gran agitador de almas no se resignaba al desánimo generalizado de los españoles, y su exaltación del hidalgo manchego y de su generosa locura era, sí, un modo de autoafirmarse...* ». En Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Alianza Editorial, 2000, págs. 8-9.

²²¹ En Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca*, Tusquets, 2006, pág. 275.

²²² En Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca*, Tusquets, 2006, pág. 275.

²²³ En Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Alianza Editorial, 2008, pág. 11.

Ahora bien quizás sea en su obra lírica donde aparece con más efectividad, la afinidad entre los artículos de viaje del autor y sus demás quehaceres literarios. Basta con citar la canción siguiente publicada en 1932 : «

*Carretera de Zamora,
cuesta arriba, cuesta abajo ;
los siglos me dieron la hora
de soñar, ¡recio trabajo !*

*Se acuesta en torno la Armuña,
Cuesta abajo, cuesta arriba ;
el cielo a la tierra acuña
y sus entrañas cautiva.*

*Carretera de los años
De mis ansias de consuelo
No padece desengaños
Quien se entrega sólo al cielo.*

*Carretera de Zamora
Al salir de Salamanca ;
¡los siglos nos dan la hora
final de que todo arranca !*²²⁴, para notar como la metaforización progresiva de la carretera de Zamora conduce el poeta a considerar sus andanzas castellanas como el reflejo de su propio recorrido vital.

Cabe también señalar por otra parte que autores contemporáneos del escritor salmantino como Baroja y sobre todo Azorín compartieron las mismas inquietudes en cuanto al destino de España.

Ahora bien el mejor acierto de Unamuno en su búsqueda de la esencia de la patria es quizás de haber abierto nuevos caminos para la interpretación del ser de España. Así durante la Posguerra, Camilo José Cela y Miguel Delibes siguieron los pasos del viajero salmantino, dedicando la máxima atención a una descripción de la realidad castellana sobre la que «*hay que decir siempre la verdad*» como lo afirma el mismo Cela en su «*Dedicatoria*» a don Gregorio Marañón escrita en 1948.

²²⁴ En Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Vol V, Biblioteca Castro, 2004, págs. 772-773.

Más tarde, en los años sesenta, autores como Juan Goytisolo, Ramón Carnicer o Antonio Ferres ahondaron en la crítica social que ya afloraba en los libros de viajes de Unamuno, en particular en su artículo dedicado a las Hurdes, denunciando la situación de abandono y de olvido en las que se encontraban no pocas comarcas españolas.

Con Julio Llamazares, ya en los primeros años ochenta y apoyándose en las experiencias de su gran antecesor, el viajero se hace defensor de una memoria cada vez más amenazada por el olvido y la indiferencia. El viaje que inicia el autor de *«El río del olvido»* le conduce hacia los territorios perdidos de la infancia en un conmovedor esfuerzo de exploración de un mundo definitivamente desaparecido.

Así, para concluir podemos afirmar que los relatos de viajes de Unamuno, por su incuestionable calidad literaria, su dimensión profundamente humana, su compromiso filosófico y su valor documental echan las bases de una modalidad literaria que el autor contribuye a ennobecer y que servirá de referencia y de fuente de inspiración para algunos de los más grandes escritores españoles del siglo XX.

Bibliografía:

1. Miguel de Unamuno, ediciones empleadas

- *Obras completas*, Vol IV, Biblioteca Castro, 2004.
- *Obras completas*, Vol V, Biblioteca Castro, 2004.
- *Obras completas*, Vol VI, Biblioteca Castro, 2004.
- *Por tierras de Portugal y de España*, Alianza Editorial, 2006.
- *Andanzas y visiones españolas*, Alianza Editorial, 2006.
- *Paisajes del alma*, Alianza Editorial, 2006.
- *En torno al casticismo*, Biblioteca Nueva, 1996.
- *Vida de Don Quijote y Sancho*, Alianza Editorial, 2000.
- *Del sentimiento trágico de la vida*, alianza Editorial, 1997.

2. Biografías de Miguel de Unamuno consultadas

- Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca*, Tusquets, 2006.
- Colette y Jean-Claude Rabaté, *Miguel de Unamuno : Biografía*, Taurus, 2009.
- Jon Juaristi, *Miguel de Unamuno*, Taurus, 2012.

3. Obras de crítica

- Chantal Roussel-Zuazu, *La literatura de viaje española del siglo XIX, una tipología*, Universidad de Texas, 2005.
- Consuelo García Gallarín, *Vocabulario unamuniano : procedimientos para la formación de palabras. Préstamos, extranjerismos y voces dialectales*, Revista de Filología Románica, nº14, Universidad Complutense, Madrid, 1997.
- Pedro Laín Entralgo, *La generación del noventa y ocho*, Espasa-Calpe, 1947.
- Ramón F. Llorens García, *Los libros de viajes de Miguel de Unamuno*, Memoria de licenciatura, 2003, www.biblioteca.org.ar/libros/89168.pdf
- Antonio López Ontiveros, *Valor, significado e identidad del campo y de los paisajes rurales según Unamuno*, Boletín de la A.G.E nº51, 2009.

- María de la Concepción de Unamuno Pérez, *Miguel de Unamuno y la cultura francesa*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1991.

4. Obras generales sobre literatura de viaje

- Bartolomé et Lucile Bennassar, *Le voyage en Espagne*, Robert Laffont, 1998.
- Odile Gannier, *La littérature de voyage*, Ellipses, 2001.
- *Le voyage dans le monde ibérique et ibéro-américain*, Publications de l'Université de Saint-Etienne, 1999.
- *Écrire le voyage*, Presses de la Sorbonne nouvelle, 1994.